

Érase una vez... El fin de los tiempos

duque rodriguez



Capítulo 1

Capítulo 01. Sofia

Y terminaron felices para siempre.

Fin.

Un final feliz para otro libro. Llevo 1000, con este será 1001. Todos terminan igual y comienzan casi igual también, pero siguen distintos caminos. Es como la vida misma. Sabemos cómo comienza y como terminará, pero aun así estamos dispuestos a seguir, porque lo que importa no es el final sino el recorrido. Esa debe ser la razón por la que no puedo dejar de leer. Tal vez por eso soy bibliotecaria. Porque quiero recorrer otras vidas.

Tal vez el mejor lugar para eso es estar donde se recolectan la vida de todos. La biblioteca Multiversal. El compendio de todos los universos. Puedo encontrar una vida más allá del "Felices por siempre" y un antes del "Erase una vez".

En ocasiones, me quedo perdida en el hilo infinito de la historia de un solo universo. Si no fuera por la Bibliotecaria mayor que me dice "¡Sofía a trabajar!" desaparecería por siempre en una selva de páginas.

-¡Sofía a trabajar!

Otra vez ella.

-Llegaron nuevos libros del universo 137. Ordénalos por fecha, no sucesos. No mezcles fantasía con realidad. Ordenas los libros del universo 101, alguien los desordenó. Y por última vez: No los leas.

¿Qué sentido tiene trabajar en una biblioteca, en una biblioteca Multiversal, si no puedes leer un libro? Es injusto.

-Sí, sí - le dije a regañadientes, pero no iba a obedecer. Cuando no me viera tomaría el libro del estante de biografías, le daría una lectura rápida y lo pondría de vuelta en la estantería de biología antes de que se dieran cuenta ¿Tal vez por eso quedan desordenados los libros? Verdad. No tengo tiempo para eso. Mejor arranco unas páginas.

¡Oh! Me resbalo con una página suelta.

-¡Cuidado Sofía!

Me resbalo. Aeon me toma entre sus brazos antes de que caiga. Me rescata como a... una princesa. Naaaaa. Que tonta soy. Debo estar leyendo muchas historias románticas. Debo equilibrarlo con algo de terror ¿Frankenstein? Naaaa, le falta sangre. Dracula será mejor.

-Pudiste haberte roto la cabeza.

-Casi rompo cosas peores- le digo, recordando cuando me enseñaba magia a escondidas y, sin querer, un hechizo mal implementado causo una grieta en el sello del tiempo. Por suerte, la experiencia de Aeon en el Consejo del Tiempo sirvió para recubrir la grieta. Claro, eso no nos detuvo de seguir practicando.

-Mira todo esto. No entiendo como la Bibliotecaria Mayor te puede mandar a ordenar todo este desorden a ti sola.

Eso es principalmente porque yo lo hice, pero no se lo digo.

Aeon es nuevo. Graduado con honores en la universidad dimensional. Con estudio de física y magia pura. Tenía uno de los puestos más lucrativos en el Consejo del tiempo, pero lo cambió por la biblioteca Multiversal porque quería un trabajo con tranquilidad. Delgado, alto, creo que fornido y sonriente de vez en cuando. No pudiera decir que fuera un príncipe azul, pero si podía ser un buen amigo, como sancho pansa sin la pansa.

-Tranquilo Aeon, yo puedo con esto. Así puedo trabajar hasta tarde- le dije.

-¿No piensas quedarte a dormir otra vez en la biblioteca? Los libros no son almohadas.

-Prueba con una novela ligera y después hablamos ¿Qué haces con esos sangrientos libros?

Le dije al ver que llevaba los libros de Blanca nieve, Cenicienta, La Bella Durmiente, Hansel y Gretel.

-Algo que tenía para mi investigación.

Me extraña que la gente lo asocie con libros infantiles cuando: Blanca nieves manda a bailar a la reina malvada con zapatos ardientes hasta la muerte. Las hermanastras de cenicienta son capaces de cortarse los dedos con tal de encajar la zapatilla, para nada porque mueren picoteadas por pájaros. Y no olvidar que la bella durmiente no despertó por un beso, fue por culpa de sus bebes, nacidos nueve meses después de que el príncipe se diera cuenta que no podía despertarla con un beso, y no olvidemos el

homicidio de una anciana caníbal en Hansel y Gretel.

-Dámelos, los pondré en un lugar seguro.

Tomó uno de los tomos. Era más pesado de lo que recordaba. Hago caso omiso y me dispongo a colocarlo en su lugar, en una pila de libro que tarde o temprano iba a acomodar. En serio lo debí haber hecho porque al colocar otro libro en la cima se me cayeron todos encima.

-Creo que necesitas a un caballero que te rescate.

-Tonterías, yo puedo sola.

-Entonces deja que te ayude, Si la Bibliotecaria mayor ve este desastre te hará trabajar de por vida.

-Nadie tiene porque enterarse.

-¡Señorita Sofía! Preséntese urgente a la dirección.

Ahora si estoy despedida.

Camino a la dirección. No me doy prisa. Me pregunto que será esta vez: ¿Sera por la vez que le pasé libros del futuro a gente del pasado? ¿Por haberle regalado a Ana de las tejas verdes un libro de Agatha Christie sin el final? No me agradaba Ana. O será por la vez que deje accidentalmente un libro de feminismo en el mundo de Conan. Siiii... accidentalmente... Se me calló. Esa es la versión que usaré.

Llego a las puertas de la dirección, dos enormes barreras de ébano con letras impresas en hierro, Alfa y Beta. El símbolo de la biblioteca Multiversal. Entró y me encuentro a la bibliotecaria mayor. Alta como una torre, de un negro noche, con su pelo recogido y una vara de azotes que a veces creo que usa para atemorizar. En el centro está el director Eduardo, un tipo muy agradable de traje morado y un mostacho tan largo y frondoso que cae casi al suelo e imita a la perfección una barba.

-Siéntate Sofía.

Me dice el director con una sonrisa.

-Queremos hablar sobre la seguridad de esta biblioteca.

Se me acelera el corazón ¡Hay! Descubrieron que deje la puerta del baño abierta.

-Hablamos sobre Aeon- dice el Director-. ¿Has notado algo extraño en él?

-¿Aeon?- Dije.

-Sí, ¿Eres su cómplice? - me dice La Bibliotecaria mayor.

-¿Su cómplice?- dije confundida-. ¿Es por la desaparición del almuerzo de Lucia? ¡Aaah! Siii, ya les dije fue un accidente.

-No, Sofía. Nos referimos a un asunto delicado- me dice el director -. Estamos preocupados por el comportamiento de Aeon.

-¿Comportamiento?- dije.

-¿Vas a seguir repitiendo?- me dice la bibliotecaria mayor-. Tú y él están robando libros de la sección prohibida.

Oh, oh. Me descubrieron.

Bueeeeno, no robo libros. Los tomé prestado por un largo tiempo y luego los devuelvo... A veces... Casi todo el tiempo, cuando no se me olvida ¡Esperen! ¿La sección prohibida?

-¡No! Nunca he podido traspasar la seguridad de la sección prohibida.

Oh, Oh. Debo pensar mejor lo que digo.

-¡Aja! Lo has intentado- me dice la bibliotecaria mayor.

-Director, debo confesar que he tenido curiosidad por los libros de la sección prohibida, pero si de algo pueden estar seguros es que mi persona y Aeon nunca hemos entrado allí. Sus hechizos son impenetrables y registran cualquier acceso. Pueden revisarlos.

-Oxadia, creo que Sofía tiene razón- le dice el director a la bibliotecaria mayor-. Los registros no indican ningún acceso no autorizado.

-Además, tenemos suerte por tener a alguien como Aeon- digo en su defensa-. Lee tanto como yo. Compite cada ciclo con Lucia por ser el mejor bibliotecario. Limpia la fuente del conocimiento, aunque no sean sus labores.

-Quizás te preocupas demasiado Oxadia- dice el director.

-Pero vi una grieta en el sello del tiempo, pequeña, pero era una grieta. Ellos fueron los últimos que estuvieron cerca. Tuvieron que haber sido ellos- dice la bibliotecaria mayor con preocupación-. ¡Una grieta! Eso solo lo pudieron haber hecho con un libro destrucción de la sección prohibida.

El libro Negro. Probablemente.

-Eso es imposible- recalco -. El libro Negro no tiene hechizos de destrucción. Solo es un compendio de debilidades del multiverso.

-Y eso ¿Cómo lo sabes? - me pregunta el director con... ¿Miedo?

-Eeeh- trató de decir-. Me lo dijo Aeon.

Tanto el director como la bibliotecaria mayor se miran. No tienen esa expresión de preocupación. Tienen miedo. Uno grande que los deja mudos por un largo tiempo. Ahora la preocupada soy yo.

-¿Qué pa...?- trató de preguntar, pero una explosión nos interrumpe.

Por un segundo o un tiempo indeterminado, todo se me oscurece.

Me levanto. Siento un dolor en las costillas con un zumbido fuerte en mis oídos. Me repongo y es cuando veo el fuego verde por todas partes. Corro. Trato de salvar los libros mediante un hechizo apaga fuego, pero el fuego se extiende por la biblioteca como una plaga. Es casi antinatural. Mágico por así decirlo. Me rindo con el hechizo y trato de salvar todos los libros que puedo.

Grito por ayuda. Esperando que alguien sepa que hacer. Entre las llamas diviso una respuesta. Una silueta que viene a mi llamado. Que se me acerca y es cuando lo veo que vuelvo a correr.

-¡Una criatura Lovecraftiana!

Grito mientras me alejo del ser milenario con tentáculos.

-¡Los están invocando mediante los libros!- grita el director en alguna parte-. Deben destruir todos los libros de terror.

No hay un crimen más grande para un bibliotecario que la petición del director. Unos como, Lucia y Julián, obedecen. Otros, como Ludovic, Alex, Ana y Abigail, huyen. Yo sigo corriendo hasta que me resbalo con un charco. Pienso que es agua, pero no lo es. Es un charco de sangre que viene del cadáver de la bibliotecaria mayor. Cerca de su cuerpo, un horror cósmico se acerca. Me ve y yo sigo corriendo

Los horrores cósmicos continúan apareciendo. Me doy cuenta del por qué. Los libros de Aeon.

-¡Son los cuentos! ¡Disfrazaron los libros de Lovecraft como cuentos

infantiles!

No puedo evitar sentir dolor por ver los libros arder. Aunque solucionemos el problema de las criaturas, el fuego mágico destruirá toda la biblioteca. Debo pensar en algo ¡Lo tengo! La fuente del conocimiento. El poder mágico de sus aguas podría neutralizar el fuego. Tengo que ir a la fuente y desbordarla.

En el centro de la biblioteca se encontraba la fuente del conocimiento. En sus aguas esta todo lo que ocurrió, ocurre u ocurrirá en todos los multiversos. Es la tinta mágica que escribe todos nuestros libros. Sobre ella, el sello del tiempo: un reloj de oro que protege el espacio-tiempo de las paradojas temporales.

Un hechizo de maremoto bastara para inundar toda la biblioteca. No puedo hacerlo sola. Pido ayuda a los sobrevivientes para formar un círculo alrededor de la fuente. Siento que una de mis manos es tomada por otra, fuerte pero cálida. Es el director.

-Lo, lo, lo... siento- le digo al director con lágrimas en los ojos.

-No hay tiempo para pensar en eso- me dice sonriendo-. Hay que salvar los libros.

Lo aprieto fuerte. Con la energía de todos fluyendo dentro de mí, comienzo a recitar el hechizo. Es complicado, pero con la ayuda de mis manos, acumulo las aguas mágicas en una enorme esfera sobre la biblioteca. Me preparo para dispersarla y acabar con el fuego.

-iAaaahhhhhh!

Siento el dolor. Siento el ardor. Miro la causa y me quedo aterrada al ver mis manos consumiéndose por el fuego verde. Devora mi piel, la grasa y los músculos de mi mano.

-iUn contra hechizo, rápido!- grita el director, pidiendo ayuda mientras el dolor me hace arrodillar.

Para mi sorpresa, la esfera de agua sigue encima de nosotros. Flotando en la espera de una instrucción. No de mí. Otro la controla. Me doy cuenta de la trampa. El fuego, los horrores cósmicos, eran cebos para que usáramos todo nuestro poder y acumuláramos las aguas del conocimiento. Una poderosa concentración de energía mágica con la que se pudiera hacer lo que fuera. Por suerte, el director toma el control de la esfera mientras mis compañeros me socorren apagando el fuego de mis manos con un poco de agua mágica.

No me preocupo por el director, Julián y Lucia le están aplicando hechizos de protección para evitar mi destino. Lo que me preocupan son mis manos. Están destruidas. No solo no podre hacer hechizos, tampoco podre tocar un libro como antes. Sentir su textura, el cuero de su piel, acariciar ese casi invisible relieve que deja sus letras o el contacto de sus bordes al pasar sus páginas. Trato de ser fuerte pero no puedo evitar llorar. Me doy cuenta de que necesito llorar. Necesito desahogarme. Necesito ese pequeño descanso, esa satisfacción que otorgan las lágrimas para seguir adelante. Sin embargo, aún hay una lucha. Guardo un poco de mis lágrimas para más tarde y me levanto.

El director ve mi determinación y me sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa antes de que ocurra la tragedia.

Un filoso tentáculo de un horror cósmico atraviesa el pecho del director. Corro para sostenerlo antes de que caiga al suelo.

-¡No puede ser!- dice el director mirando al cielo mientras bota sangre por la boca-. Solo había una grieta. Una pequeñita.

Miro a la misma dirección para advertir en las miles de grietas dispersas en el sello del tiempo. Al principio solo había una grieta, pero a medida que Aeon y yo practicábamos, se fueron formando varias. Miles para una cuenta aproximada ¿Se supone que Aeon las había reparado? No, las había recubierto.

La colosal esfera de agua mágica ya no estaba bajo el control del director. En consecuencia, se mueve a una nueva dirección con la fuerza de una bala de cañón, el sello del tiempo.

Ese poder. Ese choque de magias en un mismo punto me enseguece por unos segundos y al recuperarme solo contemplo caos. Nada metafórico. Puro y absoluto caos.

-Ha comenzado- dice el moribundo director en mis brazos-. El fin de los tiempos.

Tiemblo al contemplar al multiverso abrirse hasta desgarrarse. Los mundos chocan. Se canibalizan entre sí, reduciéndose a cenizas. Las paradojas mezclan el presente con el pasado y acaban con el futuro, dejando a solo lo imaginario a ocupar el espacio de lo real y lo real lo relegan a una fantasía. La fantasía se oscurece con el color de un vacío profundo y adquiere un comportamiento siniestro como el de un agujero negro.

En el ojo del huracán de esta tormenta destructora veo a Aeon, calmado ante el caos, vestido con un elegante traje negro contemplando su reloj

de bolsillo.

-Se me acaba el tiempo- es lo que escucho decir.

Arriba de él aparece una nebulosa azul, es el residuo del choque de las aguas del conocimiento con el sello del tiempo. Un punto en el espacio hecho de magia pura. Con un hechizo de Aeon, el punto se compacta y crea un portal en el que Aeon salta.

Si lo alcanzo tal vez me pueda salvar. Aún estoy viva. Tengo que intentarlo.

¡No, no, no! El portal se cierra.

Capítulo 2

Capítulo 02. Anónimo

¡Qué dolor de cabeza! Han pasado ciclos desde que tuve un dolor de cabeza como este ¿Qué es un ciclo?

¿Quién soy?

¿Qué es esto? Un desierto ¿Cómo llegué aquí? Eso no importa ahora. Debo buscar provisiones, en especial agua...

AGUA.

¿Por qué impacta en mí tanto esa palabra? Si soy idiota. Estoy en un desierto. Por supuesto que impacta en mí esa palabra. Debo cubrirme para protegerme del sol. Llevo una ropa extremadamente larga, es como una túnica. Puedo quitarme varios retazos para cubrirme el rostro, la cabeza y las manos, así estaré protegido de las quemaduras del sol. Ahora un destino. Puedo encontrar el norte esperando diez minutos y marcando los movimientos de mi sombra durante ese tiempo, pero sin un mapa de que me vale saber el norte. Espera, ¿Cómo sé esto? Debo ser una clase de explorador.

He estado caminando varias horas en este desierto. Parece interminable. Dunas sin fin, una tras otra. Debería rendirme. Las posibilidades de sobrevivir son una en un millón. No. Debo continuar. No sé porque, pero debo hacerlo. Es importante que permanezca vivo. Tengo un... propósito. No sé cuál es, pero lo descubriré.

Cayó la noche. Irónicamente ya no debo protegerme del calor si no de un frío casi glacial. La falta de vegetación, el clima seco y las fuertes brisas que caracterizan a los desiertos, facilitan enormemente la disipación de todo el calor acumulado durante el día. En su lugar queda un frío tremendo. Debo descansar. No puedo, necesito calor. Sigo caminando, con cada paso más cansado, hasta que encuentro un elemento discrepante en el monótono paisaje. Un montículo. Corro pidiendo prestado fuerzas de donde no tengo para llegar allí. Para saber que es. Rogando que sean provisiones. Llego y descubro un cadáver.

Sin provisiones, con solo ropas del desierto, una piedra de pedernal, una daga, un anillo de oro y unas prendas de cobre. La muerte, al parecer, fue causada por una herida en el vientre. Casi rápida, sin pasar por la agonía del desierto. Temo que mi futuro sea menos instantáneo, así que me quedo con la daga en caso de que tenga que satisfacer a la desesperación.

Espero no hacerlo.

Con sus ropas, la piedra de pedernal y algo de su grasa natural, a la que la daga me ayudo a sacar, creo una fogata. Una fuente de calor para esta noche. Ahora puedo descansar. Me recuesto y me quedo contemplando el cielo nocturno ¡Que belleza! Una de las maravillas de los desiertos es que de noche son el escenario perfecto para el cosmos. Las estrellas quedan desnudas ante mí y las constelaciones se me despliegan. Poco a poco se inicia el espectáculo. Las galaxias pasan por el horizonte en un lento baile casi narcótico. Quizás era Astrólogo, porque siento que no es la primera vez que estoy ante este espectáculo, mas bien, presiento que he estado más allá. Cerca de ellas. Explorándolas. Tocándolas. Suena loco he imposible, pero no. Sé que se puede.

Parpadeo y sin darme cuenta quedo dormido. Algo me saca de mi sueño. Es la mañana del día siguiente, pero no es el sol el que me despierta, es una muchacha atezada, de ropajes humildes y lleva un grillete en el cuello. Creo que es de mí misma edad, o eso creo. No recuerdo mi edad.

-¡Aaaah!

Grito ante la sorpresa.

-¿Quién eres tú?- una pregunta irónica porque ni yo mismo se quién soy yo-. ¿Dónde estoy?

Ya no estoy en el desierto. Me encuentro en el interior de una carpa con suministros de licor y fruta.

No le sacó respuesta a la chica. Al parecer, no tiene lengua. Literalmente hablando. Junto a ella había otro aparentemente esclavo. Mucho mayor, de la misma tez atezada, pero con barba abundante. Me reviso con cuidado, sin dar sospecha, y me doy cuenta de que todavía llevo la daga del cadáver escondida en mi cintura. Pienso en usarla, pero reflexiono y decido no utilizar la violencia.

-¡Oh! Qué maravilla. As despertado. Aladino, Morgiana, pueden retirarse - le dice a los esclavos un hombre obeso que entra a la tienda engalanado en gemas y finas sedas tan brillantes como estrellas. En uno de sus dedos, vi el anillo de oro que estaba en el cadáver.

Entro en conciencia que me han encontrado frente al cadáver de un hombre.

-¡No lo he matado!- grito desesperado.

-Tranquilo muchacho- Me dice el hombre -. Sé que no fuiste tú. La muerte de mi hermano Ali es el infortunio de haberse encontrado con ladrones.

Mis intenciones fueron rescatarte de un destino igual o peor al de él. El desierto puede ser un terrible castigador. Me llamo Kassim. Quédate como mi invitado hasta que lleguemos a la ciudad más cercana.

Estar en un desierto sin identidad de quien soy o a donde voy me deja con pocas opciones para rechazar el ofrecimiento.

Kassim ordena a Aladino y Morgiana que me den un meze compuesto de dátiles, higos y ciruelas. Tomo poco sin importar el hambre que tengo para no parecer glotón, pero sin querer voy acelerando. Tanto que se me olvida devolverle la daga de Ali a Kassim. También, insiste en darme arak, cerveza o café, pero yo insisto en nada más que agua.

Como entretenimiento me ofrece el mejor de todos, el compartir una charla amena. Kassim me habla de cómo los caminos estaban peligrosos por una banda de ladrones. Se decían que usaban magia negra y tenían a un demonio como líder. Kassim había tomado precauciones, por lo que contrató unos cien mercenarios como guardaespaldas. Más adelante en nuestra conversación descubro que sé varios idiomas, tanto leyéndolos como escribiéndolos. Tal descubrimiento llama la atención de Kassim con respecto a mi identidad, así que yo le respondo con sinceridad diciéndole que de eso no sé nada. Kassim me dice que, por mi apariencia, él pensaba que era un príncipe o el hijo de un poderoso noble. Quiero negárselo, pero en mi estado estaría mintiéndole. Quizás tal vez lo soy. Un príncipe en búsqueda de su princesa que ha sido víctima de un maleficio. De alguna manera sé que eso no es cierto. De alguna manera sé que buscó algo, pero sé que no es una princesa y yo no soy un príncipe. De alguna manera sé que soy más como un maleficio. Un intruso en este mundo. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Ante mi repentina tristeza, Kassim me da una palmada en la espalda y me dice que en la siguiente ciudad conoce un amigo que me curará de mi mal, ya que soy como un hermano para él.

Creo en la promesa de Kassim pero comienzo a dudar del destino contado de su hermano Ali. Si fue muerto por unos ladrones ¿Por qué no se llevaron sus prendas de bronce y el anillo de oro? ¿Por qué no le rasgaron sus ropas? El cadáver de Ali no tenía golpes, la única herida era la de su vientre. Una herida que se hace con una daga parecida a la de él.

PARECIDA A LA DE ÉL.

Retumba en mi mente mi deducción. Los hermanos suelen pelearse, ya sea por mujeres, herencias o dinero. A veces, en esas discusiones, uno de los dos comete un error, uno irreparable, y uno de los dos sale corriendo tras su hermano para enmendarlo, porque a pesar de todo son

hermanos.

No sé porque, pero giro para buscar en Kassim una daga. Lo peor de todo es que la encuentro. Ubicada en su cintura, junto a un cuerno de marfil, enojada con una funda roja pero obviamente manchada con algo similar. Le pido urgentemente a Kassim algo de café. Aunque me doy cuenta de que necesito algo más fuerte y le pido un trago de Arak.

Me tranquilizo al reflexionar, o quizás por culpa del licor.

Hay que reconocer que a pesar de las diferencias de Kassim con su hermano Ali, no cambia el hecho de que él me salvó. Pudo haber sido por caridad o redención, pero yo le debo mi vida a Kassim. De paso, no conocía a Ali, no podía decir que era un buen... Si era un buen hombre. No sé si lo conocía, pero sí sé que era un buen hombre. Uno inteligente, que ama a su familia y destinado a castigar ladrones. Tal vez estoy confundido, tal vez es otro Ali, pero no es así. Estoy seguro de eso ¿Cómo puedo saberlo? ¿Quién soy? ¿Qué soy para poder saber el destino de los desconocidos? Me asusto aun más.

-Háblame de tu tierra.

Le digo a Kassim en un intento de desviar mi mente. Mis palabras causan una tristeza en Kassim que no esperaba.

-En mi hogar siempre a reinado la paz- me dice Kassim-. Siempre hemos preferido negociar la paz que el uso de las armas, pero temo que esto no sea así para siempre. Las noticias dicen que el imperio de las Nieves esta cada luna más cerca, y contra ese monstruo no se puede negociar. A una bruja como Blanca Nieves no se le habla, se le quema.

En la voz de Kassim hacia Blanca Nieves no había temor, había puro odio. Yo, en cambio, sentía extrañamente una ternura por esa desconocida mujer. Al igual que Ali, tenía el presentimiento de conocerla. La forma de hablar de Kassim me advertía de una mujer terrible, pero para mí era una dulce muchacha de increíble hermosura. La más bella de todas. Es raro.

No sé cómo es ella, pero si está grabado en mi borrosa memoria la referencia a su belleza.

Somos interrumpidos por un sonido inusual. El choque de metales con música de flauta. Salimos a buscar la causa.

-¡No! ¡Esa música! - grita Kassim-. Deben ser ladrones.

Los cadáveres de unos mercenarios nos dieron la alarma, pero confirmamos la sospecha de Kassim al encontrar el resto de los

mercenarios peleando hasta los dientes contra... ¿dagas voladoras?

Con un fondo musical, las dagas se movían como hojas en una tormenta, pero eran tan peligrosas como un enjambre de avispas. Para los mercenarios no había un objetivo claro al que detener. En cambio, para las dagas, su objetivo era la sangre y no fallaban.

-¡Brujería!- gritó Kassim.

No era brujería. No escuchaba el cántico de un hechizo ¿Podía tratarse de una armada invisible? No, las dagas se movían con una rápida fluidez y una sincronía rítmica ¿Magia musical? No, el propósito de la música era otro. Era una magia de control a distancia, telequinesis. Una magia mental que se basa en la concentración, para eso era la música. Así se podía controlar varios objetos a la vez.

Morgiana apunta al cielo y veo al antinatural flautista. Un chico mucho mayor que yo, de unos 20 a 25 años estimo. Alto, de rubios cabellos, delgado pero robusto. Con el pecho descubierto y un pantalón Dhoti, flotaba en los cielos en un trance total, tocando su flauta de Pan. Dirigiendo la batalla como un macabro director.

-Debe ser el líder- dice Aladino.

Le doy la razón pero eso no soluciona el problema, para eso tengo que distraer al líder de los ladrones, sacarlo de su trance. Solo así terminaría la masacre. ¿Pero cómo?

-“¿La daga de Ali?”- me digo para mis adentros pero me doy cuenta de que no serviría. Lo mejor es que la siga manteniendo a escondida.

Sigo mirando a todos lados, buscando algo de utilidad ilo tengo!

¡Boouuum!

Suena el cuerno de Kassim cuando lo toco. Todas las dagas caen en el acto. A nuestro volador ladrón le tomara un tiempo volver a lograr la concentración requerida para mover su centenar de dagas. Por ahora, toda su energía mental está ocupada en mantenerse volando.

Era la oportunidad. Kassim ordena a sus arqueros derribarlo. Lastimosamente, todos fallan. Nuestro volador ladrón es tan esquivo como un zorro. Volando bajo, va degollando a los mercenarios con su daga. Mientras convierte las flechas en fuego amigo haciendo que los mercenarios se den entre ellos. Para sorpresa, vuelve a volar alto, y a lo lejos le veo una expresión en su cara. Una sonrisa. Una de esas sonrisas que te hace joven eternamente. Una sonrisa inmadura, llena de travesura

que avisa el comienzo de un juego.

Allá en lo alto, el ladrón volador toma su flauta de pan para volver a tocar una tonada. "Inútil". Me digo a mí mismo. "En este lio, es imposible concentrarse". Su tonada no es dulce ni juguetona como la anterior. Era un sonido agudo, casi chillón. Es allí donde me doy cuenta de lo que está haciendo.

-¡Está mandando una señal!- grito para alertar a todos.

Los mercenarios se preparan, pero eso no basta. Como escorpiones negros, salen los ladrones de las arenas.

-¡Son Los 40 Ladrones!- le escucho gritar a Kassim.

Un nombre que me suena peculiar para una banda de ladrones. No me preocupa el número, porque Kassim tiene cien mercenarios, pero si hace eco en mi mente constantemente. Sin embargo, analizo algo alarmante, de los cien: más de la mitad está cansado o herido por el enfrentamiento de las dagas. Hay personas en condiciones para pelear, pero ellos son... ¿esclavos? No me había dado cuenta, pero Kassim tiene numerosos esclavos. Mayor al necesario para un solo individuo. Kassim es un esclavista.

A pesar de todo, los mercenarios dan una fuerte batalla. Los muertos comienzan a aparecer en ambos bandos. Un asunto, del que me doy cuenta, inquieta al ladrón volador. Con una determinación en sus ojos por acabar con esto, vuela tan alto que casi toca el sol. Presintiendo lo que va a pasar, los ladrones se agrupan. De repente, aterriza en tierra con ímpetu. Una vez en el suelo, su sombra se comienza a alargar, más y más. La sombra está viva, más que viva, es Umbraquinesis. El ladrón volador tiene el poder de controlar su propia sombra y extenderla más allá de lo natural, hasta que nos comienza a alcanzar a todos. A devorarnos.

No puedo ver.

Todos estamos dentro de las tinieblas. Puedo escuchar los quejidos de desorientación de los mercenarios, pero no a los ladrones. Poco a poco, aumenta extrañamente el silencio. Escucho a mi alrededor: forcejeos, gritos y desesperos, pero terminan en un abrupto silencio. Me doy cuenta de que somos ratones ciegos acompañados de un gato en la oscuridad.

-¡Hola!- escucho a mi espalda.

Alegre. Jovial. Una voz propia de alguien que presume su inmadurez con una sonrisa. Es la primera vez que escucho esa voz pero no necesito ver para saber de quién se trata. Forcejeo, pero el ladrón volador me levanta

y me lleva a la espalda como trofeo. De pronto, recuerdo la daga de Ali que llevo en mi cintura.

-¡AAAAy!- grita el ladrón después de que lo apuñalo por la espalda.

Caigo al suelo.

Sé que ya estoy muerto. Cuando el ladrón volador, que de paso es el líder, me encuentre, lo que hará es matarme. Pero no todo está perdido. Aun estamos envueltos en las tinieblas. Yo no los veo, pero ellos a mí tampoco. Con la daga, me ayudo a cavar un hueco en la arena. No demasiado profundo pero si largo. Me meto y me cubro con la arena todo lo que puedo, dejando un poco de mi cara expuesta para que respire. Para cuando el líder quite las sombras estaré disfrazado con las arenas del desierto.

Efectivamente, las sombras se retiran pero la batalla estaba perdida. Según lo que logro escuchar, los ladrones tienen sometida a la caravana.

-Ilévense todo lo que quieran, pero déjenme con vida- escucho rogar a Kassim-. Solo soy un humilde comerciante. Solo transporto esclavos y alimentos. No tengo oro.

-Si lo tiene- dice Aladino-. Tiene bolsas de oro y plata escondida en las vasijas de aceite.

-¡Callate!- le dice Kassim-. Es un esclavo que solo dice locuras.

-¡Ja, ja, ja!

Escucho las carcajadas de los ladrones, pero entre ellas, también escucho la de Aladino.

-¿De qué te ríes esclavo?- pregunta Kassim.

-¿Esclavo? No. Rey... Rey de los ladrones. Recojan todo el oro- escucho Aladino ordenar a los ladrones-. Liberen a los esclavos y dejen provisiones para que puedan sobrevivir al desierto. En cuanto a ti- ahora siento un tono amenazador en Aladino. Creo que se dirige a Kassim.

Tengo que hacer algo. Kassim me salvó la vida. No es justo que me quede escondido mientras su vida peligra. Con todas mis fuerzas tomo la daga y salgo de mi escondite en las arenas. Corro demasiado rápido para ser detenido. Soy una tormenta de arena. La sorpresa funciona. Sin tiempo para que Aladino reaccione, me acerco a su espalda, y solo a unos segundos de que mi puñal lo toque yo... floto.

-Te encontré- escucho a una voz familiar mientras su telequinesis me sostenía.

-Ilévenselo a él- escucho, para mi sorpresa, decir a Kassim-. Sabe leer y escribir en varios idiomas. Debe ser el hijo de una familia rica. Pueden pedir rescate o venderlo como un esclavo muy caro ¡Mírenlo! Es buena mercancía, centenar de hombres ricos pagarían para tenerlo como esclavo en sus harenes. O pueden tenerlo las noches son muy solitarias en los desiertos. Por favor déjenme vivir.

Las palabras de Kassim me duelen. En el poco tiempo que tenía conociéndolo, lo recordaba como un amigo. Uno por el que estaba dispuesto a dar la vida. Ahora lo recordaré como uno que estaba dispuesto a venderme o que lo estaba planeando.

Aladino se me acercó y me puso una daga en el cuello.

-¿Y si lo mato?- le dice Aladino a Kassim.

-Sí, hazlo. Pero ¡No me mates!- grito Kassim.

-Jefe ¿no está huyendo un poco lejos?- dijo el ladrón volador que se sobaba la herida que le hice en la espalda.

Aladino mueve su daga velozmente. No me da a mí. Toma una órbita circular para pasar por el cuello de Kassim.

-¿Sabes? Odio a los comerciantes de esclavos- dice Aladino mientras Kassim se ahoga en su sangre.

-Bájalo Peter- le dice Aladino al ladrón volador.

-Pero...

-Hazlo Peter- Insiste Aladino.

Peter me liberó, pero el resto de los ladrones me resguardan con cimitarras. Me quita la daga de Ali, se la da Peter, y me golpea en la mandíbula.

-¡Lucha!- me ordena Aladino-. ¡Defiéndete como hombre!

Me levanto y trato de pelear. Trato porque Aladino es más rápido que yo y en unos instantes ya me tiene con una costilla rota. Con mi dolor, me levanto. Trato de darle en la cara, pero solo le doy al aire. Rápido, Aladino me da en el costado hasta volverme a derribar.

Alrededor mío lo que hay son risas y en frente, el líder de ellas ¿Qué caso tiene pelear? Si gano me matan los otros 39 ladrones. Si pierdo, me mata solo uno ¿Debería rendirme? ¿Pedir clemencia? ¡No! Si lo hago sería un cobarde. Justificaría las acciones de Kassim. Sé que tengo que vivir, pero no como un miserable que suplica. Que me maten si es necesario, pero no suplicare.

Aladino me vuelve a golpear en la cara, pero esta vez me saca sangre con un par de dientes. Vuelvo al suelo. Debo hacer algo. No debo quedarme solamente con mi voluntad de luchar. Debo pensar. Si sigo haciendo las cosas de la misma manera voy a perder. Si voy a levantarme debo hacer algo diferente. Si vuelvo a caer, volveré otra vez con otra cosa diferente. Ahora ¿Qué puedo hacer? Pensar. Me levanto y me muevo en círculos alrededor de Aladino, tratando de esquivar sus golpes. No sirve de nada pero me da tiempo para pensar. ¿Qué armas tengo? Aladino es más grande y fuerte que yo. Peter tiene la daga de Ali en la cintura, pero él no dejará que me acerque para tomarla. Mi arma es el desierto que no es más que sol, viento y arena.

Dejo que me derrumbe. Todos se vuelven a reír. Tomo, sin que se den cuenta, unos puñados de arena mientras me levanto. Vuelvo a dar vueltas alrededor de Aladino, como si quisiera esquivarlo, pero lo que en verdad busco es el viento. Cuando siento la ráfaga tras de mí, actúo. Suelto la arena, que sigue el flujo del viento hasta la cara de Aladino. En su desconcierto, me deslizo hasta su pierna y la tumbo con la fuerza de mi cuerpo. Con Aladino en el suelo, no le doy en las costillas, le doy en el punto más débil que me permita mi posición, la mandíbula. Varias veces, con fuerza e intensidad hasta hacerlo sangrar.

Unos ladrones me toman y me separan de Aladino. Él escupe sangre al suelo y se me queda viendo con cara de revancha.

-¡Deseo dos cimitarras!- dice Aladino extendiendo sus manos como una invocación. Mágicamente aparecen dos cimitarras de pulidas cuchillas en sus manos. Me lanza una e inicia otra pelea, de la que estoy seguro es a muerte.

-Esto será un combate corto- dice un ladrón y temo que tiene razón.

Con cuidado, nos movemos en círculos. Uno buscando al otro. Coloco mi cimitarra en posición horizontal, con la parte pulida de la hoja frente a Aladino. Él arremete con varios movimientos, pero por suerte los logro esquivar con la cimitarra. Justo en el punto, la luz del brillante sol del desierto se refleja en la hoja y da a la cara de Aladino. Otra vez lo logro enceguecer y arremeto para derribarlo. Con su cuerpo en el suelo, coloco mi hoja en su cuello.

-Tienes bolas, muchacho- me dice Aladino mientras aprieto el filo más a su cuello-. Ya no deseo las cimitarras.

Con su orden, la cimitarra de mi mano desaparece. Ante mi desarme, no me doy cuenta del fuerte golpe en la nuca.

Capítulo 3

Capítulo 03. Cenicienta

¡Casi te atrapo!

Le digo a la rata. Tal vez no me escuchó. Las ratas no entienden a los humanos, pero de alguna forma tenía que sacar mi enojo. No podré comer carne hoy. Sacaré unas yerbas del pantano para dárselas a Baba Yagá. Muchos le tienen miedo por esos rumores no probados, no confundir con no comprobados, de canibalismo, pero conmigo es una ancianita muy agradable y casi siempre... vegetariana. La verdad es que sabe hacer un divino estofado de serpiente, su secreto: lengua de rata, el cual no se molestará en compartir si le llevo con un regalo.

-¡Cenicienta!

Escucho decir mi nombre. Es Edmun, que se me acerca con un saco de duraznos.

-Los coseche hoy.

Lo tomo y me lo como con tal desespero que casi me como el grueso centro.

-Gracias.

-¿Supiste lo de Bicho y su banda?- me dice Edmun-. Los encontraron muertos.

-¿Cómo? ¿Dónde? - pregunté secamente.

-En los barrios bajos. Los encontraron desnudos. Todos ellos estaban con la boca llena de un hongo negro y botando pus. Bicho aún estaba vivo, pero paralizado, con un horror latente en sus ojos. Dicen que quería gritar, pero solo botaba pus por la boca. Murió un tiempo después. Se presume que fue un envenenamiento, brujería o ambas.

Bajé la cabeza para ocultar lo feliz que estaba. Quería brincar, llorar y besar a Edmun ante la noticia. Quería solicitar ante la misma reina, Blanca Nieves, que declarara este día como un día de fiesta. Era la primera vez desde hace mucho tiempo que me sentía feliz. Que me podía dar el lujo de creer en la justicia. Sé que no cambiaba el hecho de lo que pasó, pero saber que Bicho murió y que sufrí, repara parte de mi dolor. Me da... como una especie de fuerza para mantenerme erguida y continuar.

No puedo cambiar los eventos de esa noche. Cuando Bicho y su grupo se me acercaron y, entre todos, me violaron. No puedo olvidar el asco de sus manos tocándome o el de sus pelos restregándose por mi piel. No puedo olvidar como gritaba y la gente pasaba sin meterse, por el miedo a Bicho y su grupo. No puedo cambiar la humillación o lo ocurrido los días siguientes. Cuando me armé de valor e intenté acusarlos. Cuando se rieron de mí con su lengua diciéndome: "Eso te pasa por estar rodeada de puros hombres". "Tú lo pedías". "Te gustó". Amigos como Edmun y los Siete Enanos salieron a defenderme, a enfrentarse a Bicho, pero salían heridos. Bicho y su grupo eran más fuertes. Quería llorar. Quería morir. Quería que se acabara todo esto. Que yo sufriera de sus insultos y el recuerdo de sus roces, mientras ellos se regocijaban en su crimen hablándole a todo el mundo de su impunidad con orgullo. Tuve que mentir, decir que me lo había inventado, para que pararan de alardear. Lo peor es que a veces sentía que Bicho me seguía. Yo corría, pero él me gritaba: "Te atraparé". Ese día, rompí una ventana y con un pedazo de tela, hice un puñal de cristal que llevo siempre conmigo.

-Cenicienta. Si necesitas compañía. Los enanos y yo, estaremos en La Manzana tomando algo, puedes acompañarnos. Yo te invito.

El ofrecimiento es tentador, pero declino. Quiero estar un tiempo a solas.

-No, gracias- digo-. Me comprometí para llevar unas yerbas a Baba Yagá.

Me siento libre. Como si estuviera protegida por una justicia divina. Los pasillos de las calles nunca me parecieron tan espaciosos. La suciedad de las mismas nunca fue tan bella. Sería capaz de cantar y bailar de puntilla al son de los pájaros. Puede parecer ridículo, pero no me importa porque estoy feliz.

Para mejorar el día, una rata se me cruza en el camino. Es grande y jugosa. Se me cae la baba con solo verla. Carne fresca. Corro para alcanzarla, aunque la maldita sea muy rápida. Entre las dos ocurre una persecución que nos lleva a rincones estrechos de los barrios. Tumbo vasijas, mendigos y enfurecidos guardias para alcanzarla, pero la maldita se me escapa por una grieta en la pared, la cual no evito y con la que choco en un estruendoso golpe.

-¡Coño! ¡Maldita rata de mierda!

Entre mis maldiciones escucho un sollozo sonido.

¡Quijí, Quijí!

Un llanto escondido. Un sonido tan bajo como el chillido de una rata, pero con voz humana. Casi infantil, casi inocente y tan innatural en esta ciudad

de insultos y maldiciones. Busco la causa de esos chillidos. Camino entre la maraña de pasillos en los que me había perdido persiguiendo a la rata para llegar al origen del llanto. En mi búsqueda me encuentro con Omar, un lascivo viejo que mendiga tragos con una mano y roba monedas con la otra. Veo que se acerca con la sutileza de una comadreja a un rincón. Uno donde mis oídos me indican que proviene el llanto.

-¿Qué haces Omar?

-¡Nada!, ¡Nada!- me dice con las manos arriba como si hubiera sido capturado en la ejecución de una diablura-. Pasaba por aquí y me sentí curioso por el llorar de esta jovencita.

Me dice señalando el rincón del llanto. Efectivamente se encontraba una joven mujer de noble belleza. No llevaba ni metales ni joyas. Solo una túnica azul con blanca. Posiblemente de un grupo religioso o académico. Por lo que noté: estaba flaca como si llevara sin comer días, sus manos estaban seriamente heridas, con una grave exposición de los músculos; y su mirada estaba perdida, viendo fijo como los ojos de una muñeca. Aparte de eso, no llevaba algún otro signo de violencia.

-¿Quién es ella?

Le pregunto a Omar.

-No lo sé- me dice él-. No es de por aquí. Vine a... socorrerla, igual que tu.

Obviamente, Omar no venía a socorrerla. Quizás pensó que se trataba de los restos de un robo al que él pudiera gorronear. En mi caso, tampoco venía a socorrerla. Solo era curiosidad. Yo ni siquiera tenía para comer, menos tenía para encargarme de una desconocida que, por lo que parecía, estaba por morir. No era una experta curandera, pero desde donde estaba se sentía el hedor a pudrición de sus manos. Sin tratamiento, esas heridas le traerían una mortal fiebre.

Quizás era lo mejor para esa pobre chica, su mirada vacía hablaba de una terrible pérdida. Un deseo de cercanía con la muerte. Mi curiosidad la estaba molestando. Debería dejarla en este hueco del barrio para que se consumiera en su tristeza. Omar no le sería un problema. No llevaba nada que él le robara. Solos sus... ropas.

Esa chica era muy bonita, me lo decía la cara de hambre carnal de Omar. Una cara como la mía cuando encontraba una rata gorda. La diferencia es que la suya no se quitaba con la comida. Y yo, estaba a punto de dejarlo a solas con ella.

-Casita Casita, da la espalda al bosque y voltea hacia mí.

Con esas instrucciones, la casa de Baba Yagá se mueve entre sus patas, voltea y se arrodilla ante mí.

-Ji, ji, ji, ji. Cenicienta ¿Qué me traes? - me pregunta Baba Yagá.

-Solo Yervas- le digo.

-Ji, ji, ji, ji. Supongo que esa con forma y tamaño humana es mandrágora- me dice mientras me señala el cuerpo de la chica apoyada en mis hombros.

-Una mandrágora muy rara. Necesita ser curada para que te preste sus poderes mágicos.

Baba Yagá me cierra su puerta de huesos con madera.

¡Bang!, ¡Bang!

Vuelvo a tocar.

-Por favor Baba- le decía tras la puerta-. Te pagare- obviamente mentía.

Baba Yagá pasó el seguro de la puerta.

-Baba, hoy me enteré de que Bicho está muerto. Te seré sincera. No sentí pena. Me sentí feliz. Más que feliz. Me sentí liberada. No. Sentí algo distinto. Sentí el alivio que viene después de un largo dolor. Sentí una satisfacción ¡Eso es! Satisfacción. Ese fue mi sentimiento, pero no cambia lo que ocurrió. Nunca lo podre cambiar porque ya pasó, pero puedo ayudar a que no pase. Puedo ser distinta a los que miraron como Bicho me violaba y no hicieron nada, o a los que escuchaban sus alardes y se reían. No tengo dinero, refugio o comida, pero puedo hacer algo distinto a nada, o intentarlo. Por favor Baba, ayúdame a intentarlo.

Baba Yagá abrió la puerta y me deja pasar. En el fondo sabía que Baba Yagá es una bruja buena.

-Ponla en la mesa y veamos qué podemos hacer.

Obedezco las instrucciones de Baba Yagá con ayuda de sus sirvientes invisibles. Trato de no tropezar con el gato que habla de Baba y pongo a la chica en la mesa. Una vez en la mesa, Baba se percata del hediondo olor de las manos, pero más que nada de la mirada sin vida de la chica.

-¡Muchacha!- le dice a la chica con unas cachetadas-. Reacciona y dime

¿Cómo te llamas?

-Sofía- responde la chica aun con la mirada perdida.

-¿Qué te pasó?- le sigue preguntando Baba Yagá.

-Morí- dice Sofía-. Todos murieron. Todo se quemó.

-Estas viva, muchacha- le dice Baba Yagá-. Depende de ti que siga siendo así. Tienes gangrena en las manos, muchacha. Necesito que decidas si corto o mueres.

-¿Cortar mis manos?- dice Sofía con un horror que casi le borraba la tristeza de la cara.

-Cortaré lo menos que pueda. Unos dedos o toda la mano - continuaba diciendo Baba Yagá -. Pero de ti depende. De lo contrario morirás.

La chica estaba muda. Era una decisión muy dura para una chica en su estado.

-¿Tienes familia o amigos que se preocupen por ti?- le pregunta Baba Yagá -. ¿Algo porque vivir? De lo contrario no perderé mi tiempo en salvarte.

-Todos murieron- dice Sofía con su hueca mirada.

-¿Cómo sobreviviste?- le pregunto.

-Yo... morí. Yo... no lo recuerdo- logró decir Sofía.

-Tal vez estén vivos- le digo-. Tal vez se salvaron al igual que tú. Pueden que te estén buscando.

-¡Vivos!

Mis palabras funcionaron. De su mirada vacía surgió un brillo. Unas ganas de vivir. Esperanza ¡Eso es! Esperanza de que sus seres queridos estuvieran vivos. Con voluntad y pesar, tragó aliento y dispuso sus manos.

-¡Hazlo!

-¡Cenicienta! Pon a hervir vino- me dice Baba Yagá.

-¿Sera que puedo tomar un...?- trato de decir pero Baba me dice:

-¡Nooooo! Y apresúrate antes que me arrepienta.

Con un cuchillo que se parecía mucho a un hacha, Baba Yagá cortaba. No se detenía por gritos o por la sangre que estaba por todas partes. Sofía no lo soportaba. Su cara vacía de emoción rebosaba de un solo sentimiento: sufrimiento. Le di un trozo de hueso para que mordiera mientras Baba seguía. Hubo un momento en que Sofía no aguantaba los hachazos de Baba, así que con la ayuda de un gato parlante le dimos un calmante. Baba con su libertad se puso a trabajar con más calma. Selló las heridas con vino y fuego, para luego vendarlas con retazos de tela limpia.

-Pobre chica. La dejaste sin dedos- le dije Baba.

-Salve lo que pude- me dice Baba Yagá al servirme una de sus bebidas espirituosas.

-Pudiste usar magia- le replico.

-La magia no puede recuperar lo que se perdió- me dice-. Esos dedos ya estaban muertos.

-¡Guaah! ¿Qué es esto?- le replico acerca de la bebida espirituosa.

-No es para ti- me dice Baba-. Es para la chica. Necesita de eso y unos ungüentos para las quemaduras.

-¿Qué harán con ella?- dice el gato.

-¡Ji, ji, ji!- ríe Baba Yagá-. Sera ¿Qué hará Cenicienta con ella?

-¿Yo?

-Sí, tú- me replica Baba-. Tú la trajiste. Tú la rescataste. Esa chica había aceptado su fin, pero tú le diste esperanza. Debes continuar lo que empezaste.

-Tú eres una bruja. Puedes ayudarla más que yo. Puedes adoptarla como tu aprendiz o una sirvienta que te ayude con la casa.

-¡Ji, ji, ji!- ríe Baba Yagá-. Que boba eres. ¿En verdad crees que necesito una sirvienta o una aprendiz? Llevo quinientos años sin necesitar ambas cosas.

-La puedes convertir en una ratona. En una gorda- sugirió el parlanchín gato.

-¿Querías intentar ayudarla? Entonces, inténtalo- me dice Baba Yagá con casi un reproche-. ¿Querías ser distinta a los que se quedan mirando y no

hacen nada? Entonces, hazlo.

-No puedo ayudarla. No tengo dinero ni donde caerme muerta ¿No puede hacerlo otro?- le digo a Baba.

-¡Ji, ji, ji!- ríe Baba Yagá-. Es lo que siempre dicen los que se quedan mirando "No tengo el dinero, el poder o el tiempo para ayudar. Otro lo hará, yo no puedo". Y así lo dice uno tras otro, quedándose al final todos mirando y lamentándose.

-Ni la conozco. La ayude por lástima. Quizás sea una enemiga de la reina Blanca Nieves.

Le digo a Baba pero ella se me queda mirando con una de esas miradas tuyas que leen el alma.

-¡Aaah! Ya lo entiendo, tienes miedo- me dice Baba.

-¿Qué?! ¿No?- digo pero dudo un poco.

-Vas caminando por la calle y te encuentras a una desconocida que necesita tu ayuda- me dice Baba-. ¿Será una trampa? ¿Una emboscada disfrazada? ¿Esa persona no será una ladrona, una bruja o una estafadora? Si la ayudo, ¿No me meteré en un problema? ¿No será peligroso? ¿No será más de lo que pueda manejar? ¿habrá un punto donde no pueda volver atrás? Los seres humanos tienen en su naturaleza el llamado de ayudar a otros, pero siempre se detienen por miedo. Tú tienes miedo y lo disfrizas con excusas. No tienes que casarte con ella, solo has algo por pequeño que sea.

-Te la traje hasta aquí.

¡Algo más!- me replica Baba-. Y que tenga que ver con sacarla de mi casa.

- No sé por dónde empezar.

Capítulo 4

Capítulo 04. Morgiana

Con un golpe en la nuca, el desconocido calló.

-¡Vámonos!- dice Aladino mientras dejaba el cuerpo del desconocido en la arena-. Tomen lo que quieran- creo que le decía a los otros ladrones mientras me dedicaba una mirada.

Podía ser muda, pero no tonta. Aladino siempre me miraba. No me tocaba ni me hablaba, pero cuando le daba la espalda sentía su mirada en mi espalda y cuando volteaba disimulaba. Era siempre así, desde que el amo Kassim lo compró.

Fue en el mercado del puerto de Navi. Mientras el amo Kassim contrataba a los mercenarios, un mercader se le acercó y le ofreció a Aladino. Al principio, el amo Kassim no lo iba a comprar, pero no pudo resistir cuando el extraño mercader se puso a regatear. Ahora que lo pienso, ese extraño mercader se parecía a ese ladrón volador al que llamaban Peter. Que gracioso cuando lo pienso. Todo fue una trampa. Los Cuarenta Ladrones nos estuvieron siguiendo el rastro desde Navi. A lo mejor fue cuando el amo Kassim contrató a los mercenarios que se vieron interesados en él. Tal vez esa era la razón por la que Aladino me veía o, mejor dicho, me vigilaba. Quería asegurarse de que yo no sospechara o descubriera su disfraz. Lo gracioso es que, si lo hubiera descubierto, no lo hubiera delatado.

Había estado con el amo Kassim desde que enviudo. Por lo que puedo decir que no siempre fue mala persona. Fue el dinero. No. Fue la ambición de siempre tener ¿Oh no? Ahora que recapitulo, lo que corrompió al amo Kassim fue el miedo. Fue con el miedo a volver a la pobreza que cegó su corazón para volverse esclavista. Fue con el miedo a perderlo todo con que defendió sus mentiras de la herencia a su hermano. El miedo a no tener nada que lo llevó a cometer sus pecados. Si hubiera superado su miedo, en lugar de huir de él, tal vez el amo Kassim no hubiera robado a su hermano. Tal vez no hubiera pasado esa tragedia.

Cuando el padre del amo Kassim murió lo único que le dejó a su hijo menor fue un anillo de oro. El amo Ali baba no tenía mucho, pero para él ese anillo lo valía todo. Le dolió el corazón cuando lo perdió, pero se le rompió cuando descubrió que fue su hermano quien se lo había robado.

-Lo estaba protegiendo- decía el amo Kassim-. Tú lo hubieras vendido.

-Tú lo tienes todo- decía el amo Ali-. En cambio, para mí, este anillo es el único recuerdo de nuestro padre. Preferiría morirme de hambre antes que

venderlo.

Así comenzó la pelea. Sé que el amo Kassim no quería herir al amo Ali, pero los errores pasan. Tal vez si el amo Ali no hubiera huido, la historia hubiera sido diferente, pero el tiempo no puede ir atrás. Solo adelante, aunque el destino final sea inevitable. Ahora, yo también quiero seguir adelante, pero al igual que el amo Kassim, tengo miedo.

Mis amos han muerto y estoy en el medio de un desierto sin voz. Sin poder gritar o pedir ayuda. A merced de los ladrones más famosos del océano de arena. Aladino nos prometió la libertad y dejarnos suficientes provisiones para llegar a la ciudad más cercana, pero me preocupa que será después.

Miro al desconocido tumbado en la arena. El amo Kassim tenía interés en él porque creía que le podía sacar valor. Yo también lo creo. Creo que él, sin memoria, y yo, sin voz, pudiéramos ayudarnos en un mundo que desconocemos. Debo permanecer cerca de él. Esperar a que despierte para presentarme, no como su esclava sino como su amiga.

Inesperadamente, el cuerpo del desconocido flota sobre la arena.

-¿Qué haces Peter?- dice Aladino.

-Jefe, dijo que tomáramos lo que quisiéramos. Yo me lo llevo a él.

-Somos ladrones. No esclavistas. No tomamos prisioneros ni pedimos rescate- dice Aladino-. Déjalo Peter. Espérate al próximo burdel.

Escucho muchas risas.

-Jefe, no diga eso- dice el ladrón volador-. Lo quiero cerca porque lo puedo convertir en un excelente ladrón. Ya lo vio en combate, es un fiero guerrero. Incluso te venció, aun cuando lo superabas en fuerza. Tenerlo cerca nos dará suerte.

-Peter. Siempre queriendo ayudar a las almas perdidas- dice Aladino-. Está bien, pero te harás responsable de todas sus acciones.

-Como diga, jefe- dice el ladrón volador.

-Además, tendrás que llevarte también a ella- dice Aladino señalándome.

-Creí que no podíamos tomar mujeres- dice el ladrón volador.

-Y es así, pero en este caso no hay opción- dice Aladino-. Ella es la esclava del muchacho. Le pertenece y si lo tomas a él, tendrás que llevarte a su esclava. Una tradición antigua de su tierra, la cual no me

atrevo a desafiar. Es momentáneo. Hasta que él despierte y le conceda su libertad y podamos abandonarla en una ciudad.

Mentía, pero ¿Por qué?, ¿Qué quería de mí? Evidentemente, a las bandas de ladrones se les era prohibido conservar mujeres. Así que la mentira de Aladino era para poder llevarme. Para tenerme cerca de él ¡Claro! No paraba de mirarme y ahora estaba segura de que no solo era para vigilarme. Tendré que mantenerme cerca del desconocido y encontrar pronto un cuchillo.

-A Ella no le va a gustar- dice el ladrón volador refiriéndose a alguien más. A otra mujer.

-Yo me encargare de Ella- dice Aladino.

Caminamos por un sendero desconocido con unos camellos que le robaron a Kassim y pocas provisiones. Lejos de la ruta hacia las ciudades y cerca de las profundidades del desierto.

El ladrón volador lleva al desmayado desconocido en su espalda. Yo, me mantengo cerca de los dos. Tomando mi representación de la esclava del desconocido. Lejos de Aladino, aunque él siempre se mantiene cerca. ¡Como necesito un cuchillo!

Para ser sincera, la cercanía de Aladino no me aterra. Cuando se hacía pasar ante el amo Kassim por ese torpe esclavo de barba greñuda y poco hablar, ya estaba acostumbrada a su inofensivo mirar a mis espaldas. Pero en este momento ya no llevaba ese disfraz, y el torpe caminar había sido desplazado por unos regios movimientos, mientras que la abundante greñuda barba se había caído para revelar una más corta y fina, que remarcaba una mandíbula tan afilada como la cimitarra de su cintura. Era atractivo, no lo podía negar. Pero el atractivo de un hombre no le quita el peligro. En especial, cuando ya le conozco sus intenciones.

No dejaré que un ladrón me quite mi virtud. Es verdad que ese deseo, proviniendo de una esclava, se asemeja más a un capricho. Pero, por el glorioso Alá, la defenderé con mi vida. Así tenga que castrar a mi agresor y que mi cadáver pague las consecuencias, me mantendré virtuosa. ¡Como necesito un cuchillo!

Me doy cuenta de algo. Estamos perdidos o... No vamos a ningún lado. Estamos lejos de las rutas principales y nuestras provisiones no alcanzan para un largo viaje. Me percató que los ladrones no están asustados ante una evidente conclusión como la mía ¿Estando buscando un oasis escondido? Me percató que vigilan repetidamente el camino tras de ellos y no se fijan en el horizonte. Como si no les importaran para donde van. Como si solo les interesara no ser seguidos. O, simplemente, lo que

buscan es perderse.

Se está ocultando el sol y la caravana de bandidos que me acompaña se detiene. Veo que no son simples ladrones. Hay ogros, hombres lobos, centauros, enanos y otras criaturas aún más misteriosas. Todos miran fijamente al frente, donde está Aladino con un camello, como si delante estuviera una puerta invisible.

Los dedos de Aladino dibujan unos símbolos sobre la arena, mientras que su cimitarra corta la garganta del camello que lo acompañaba. En el árido desierto, fluye un río de sangre emanante del condenado animal. Los símbolos reciben la sangre y me doy cuenta de que se trata de un ritual.

-¡Ábrete sésamo!

Grita Aladino y en la nada que debería ser un desierto se abre una grieta. Una luz que compite con el mismo sol. Una estrella sobre la tierra. Yo la miro, pero todos los demás van hacia ella. Es allí mismo donde me doy cuenta de que se trata de una puerta.

¿A dónde me llevará?

Capítulo 5

Capítulo 05. Sofía

Me duelen las manos, o lo que queda de ellas. Están llenas de quemaduras y ampollas. Me duelen como si aun ardieran en ellas el fuego. Quiero apagar ese dolor, pero hay muchos dolores más que aún no he apagado. Que aún duelen. Me duele el corazón, el alma y la memoria. Me duele casi toda la fibra de mi ser.

Todavía no sé cómo escapé. Solo recuerdo ver el portal que abrió Aeon cerrarse. Después de allí no recuerdo nada, y es que no debió haber quedado nada. Fue el fin de todo. Pero estoy viva. Yo y no sé quién más.

¿Quién más sobrevivió? ¿Cómo sobrevivimos? ¿Por qué Aeon hizo lo que hizo? ¿Qué le pasó al multiverso? ¿Qué le pasó al tiempo? ¿Qué debo hacer? Tantas preguntas, pero al menos tengo una respuesta: debo buscarlos. Eso es lo que tengo que hacer. No sé quienes hayan sobrevivido: Lucia, Ludovic, Julian o incluso la bibliotecaria Mayor. Pero sé que los debo encontrar, tal vez así encuentre más respuestas.

No recuerdo casi nada. Solo que aterrice en ese callejón mohoso, con ratas y mi tristeza de compañía. Recordando ese momento, me vienen las pocas ganas de vivir. La desesperanza que habitaba en mí. Si no fuera por esa chica. Sucia y delgada, como mis amigas las ratas. Con unas manchas de barro en las mejillas. De cabello rubio claro, casi ceniza. Cenicienta.

Ella vino y a pesar de mi displicencia a su ayuda, me salvó. Me recordó que tengo que permanecer viva para encontrarlos. No sé cómo se lo voy a agradecer.

-Quédate tú con ella.

¡Ah! Es cenicienta. Al parecer esta con Baba Yagá. Peleando...

-¡No! Quédate tú con ella.

Por mí.

-¡Cof, cof!

Toso un poco para interrumpir la discusión.

-¡Oh! Ya despertó la bella durmiente- me dice Baba Yagá-. Excelente. Así

se pueden ir las dos de mi propiedad.

-Baba- dice Cenicienta-. Aun necesita recuperarse. Sera mejor que descanse aquí contigo mientras yo salgo al bosque a buscar unas yerbas.

-Tú no te escapas- dice Baba Yagá, sosteniendo a Cenicienta con su huesuda mano antes de que se escape-. Aquí tengo las medicinas que necesita.

-Más razón para que se quede contigo- dice Cenicienta.

-No quiero causar mucha molestia- les digo-. Ya han hecho lo suficiente por mí. No sé como agradecerlos.

-Oro estaría bien- dice para mi sorpresa... ¿el gato?

-¿Qué vas hacer tú con oro?- regaña Baba Yagá al gato.

-Comprar leche, pescado y quizás un par de botas- dice el gato mientras se acicala.

-No tengo oro ni nada de valor. Pero les pagaré.

-No necesito que me pagues- me dice Baba Yagá-. Con que te vayas es suficiente para mí.

-Así lo haré.

Me despido y salgo de la casa con patas. Afuera escucho que me llaman a mi espalda.

-¡Espera!- es Baba Yagá. Me lanza una alforja de cuero-. Adentro hay unos ungüentos que te ayudarán a recuperarte.

-Gracias, gracias, gracias.

No paro de decirlo, pero es lo que siento.

Baba Yagá en los cuentos puede ser una bruja terrible, pero conmigo es la anciana más generosa que he conocido en mi vida.

-Sé me olvida ¡Largo de aquí! - dice Baba Yagá-. Mientras me lanza a Cenicienta por los aires-. Tú también- sigue el gato.

El gato sube a mi hombro y me acaricia la cabeza con un tierno gesto. Yo le devuelvo el signo de cariño con mi cabeza.

-¡Vaya!- dice Cenicienta mientras se limpia la tierra-. Con esta serian...- cuenta con los dedos-. Muchas veces que me sacas a patadas ¡Y sin pagarme vieja desgraciada!

-¿Qué dijiste?- sale diciendo la cabeza de Baba Yagá con un cuello extremadamente largo.

-Que no me pagues abuelita agraciada- dice Cenicienta con un poco de temor al ver la antinatural cualidad.

Con el ineficaz resultado de su trapicheo, Cenicienta se va al bosque. Corro y me le pego atrás como una sombra.

-¿Qué haces?- me pregunta.

-Te sigo- le contesto.

-¿Por qué?- sigue preguntando.

-Porque quiero ayudarte.

-¿Tienes dinero, tierras o comida?

-No- le digo-. Pero sé muchas cosas.

-Entonces no puedes ayudarme- me dice-. ¡Mira! Soy una pobre rata callejera. No estoy para mantener a alguien.

-Puedo mantenerme yo sola- le digo-. Y puedo ayudarte a no estar sola.

Hace como si yo no existiera y sigue su camino a la ciudad. Yo la sigo para llegar al mismo destino.

Como que nos fuimos por un camino distinto del que llegamos. Había charcos pantanosos que yo no recordaba, como caminos no aptos para el paso humano. Recordé que me encontraba en una casa con patas, por lo que es natural que ahora estuviera en un lugar lejano. Por suerte Cenicienta sabía el camino.

Juntas llegamos a la ciudad.

-Tú por tú lado con tu gato y yo por el mío.

Me dice Cenicienta para indicarme que nos separamos. Yo no le hago caso y continúo siguiéndola con el gato parlante. Ella se percata.

-Te dije que nos separamos.

-No tengo a donde ir- le digo.

-¿Ese es mi problema?

-Estoy en deuda contigo- le respondo-. Pensé que pudiéramos estar juntas hasta que salde mi deuda.

Suspira. Noto que se resigna y me deja que la siga por la ciudad.

Discierno si el hueco donde me encontró Cenicienta era mejor o peor que el resto de la ciudad, me decido por un empate. En el ambiente poluto, se me ocurre que tuve suerte de que el barro pantanoso y los días sin bañarme me dieran un olor repelente. Porque de lo contrario me hubieran asaltado unos chiquillos con cuchillo. Poca suerte para otro hombre que rogaba por ayuda después que la banda de chiquillos lo dejara tan acabado que ni siquiera se le pudiera llamar pobre. Quise acercarme para auxiliarlo, pero Cenicienta me detuvo.

-Yo lo dejaría sufrir un poco- me decía Cenicienta-. Chao Omar- le dice Cenicienta al hombre que asaltaron.

-Vallamos a cazar ratas- me dice Cenicienta-. Te pagan con cincuenta Inviernos por cada una que mates y dejan que te la comas.

El gato parlante se emocionó. Yo en cambio le muestro mis mutiladas manos para indicarle lo incapacitadas que estaban para ese trabajo.

-¿Qué estoy diciendo?- me dice-. Me importa un cuerno que vengas conmigo.

Me deja atrás. De repente, se detiene y se estremece como si una fastidiosa fuerza la detuviera. Creo que es su conciencia. Esa pisca de bondad que tenemos todos.

-Mejor no. Se está haciendo de noche- me dice-. Mejor vallamos a saquear tumbas. Algunas brujas pagan diez Otoños por restos humanos.

-¡Que horrible!- le digo ante el descubrimiento.

-Si- dice el gato que habla-. Deberían pagar veinte Veranos.

La sigo siguiendo hasta lo que mi humilde opinión me lleva a pensar que es su hogar. Un terreno estéril, compuesto por una serie de dispersas paredes sin algo que pudiera llamarse techo. Su alfombra la componían escombros y polvos. Mientras que sus habitantes... Decir que el lugar lo ocupaban jóvenes o ancianos es un riesgo a mentir, porque su delgadez

no me dejaba precisar la edad ni el sexo u otra distinción aparte de la marginalidad.

Cenicienta se va a un punto donde se interceptan dos paredes. Se queda allí en un ovillo. Abrazándose a sí misma como si tuviera miedo de que la secuestrara el frío, el verdadero dueño de ese hogar. Me quedo junto a ella. El tamborileo de mis dientes delata el temblor involuntario de mi cuerpo. Tengo frío y no me había dado cuenta. No tengo manos y me quiero abrazar.

Cenicienta debe de estar molesta o incómoda por mí temblar, porque se me aleja furiosa a la oscuridad.

Tarda mucho.

Creo que no volverá, pero regresa con una manta agujereada.

-¡Toma!- me dice lanzándome la manta-. Y no molestes.

-¿De dónde la conseguiste?

-No preguntes- me dice.

Me acerco a ella y le digo:

- ¡Toma!- le digo ofreciéndole la mitad de la manta-. Es suficiente para las dos.

Me di cuenta de que era suficiente para tres, porque incluso el gato que habla se nos unió.

En la mañana me desperté. No por el sonido del gallo si no por el resonar de mi estómago. Le comento a Cenicienta mi problema y me sugiere que la acompañe a la Despensa. Un gentil eufemismo para lo que más adelante me daría cuenta se refería a un basurero. Aunque, decir basurero también es recurrir a un eufemismo, porque hasta un basurero tiene mejor contenido y una letrina mejor olor que ese sitio al que Cenicienta llamaba Despensa.

-No podemos comer nada que venga de aquí- les digo mientras como un pedazo cosido de rata. Comida es comida, no me puedo quejar -. Tampoco dormir donde dormimos ayer- lo recalco al darme cuenta lo cercano que estaba el lugar de nuestro sueño con la Despensa.

-Tienes razón- me dice Cenicienta-. Quiero dormir en plumas, comer jabalí y un poni, pero sabes que no tenemos esas cosas.

-Podemos reunir unas monedas para una habitación y algo de pan- les digo -. ¿Qué tan caro puede ser?

-Necesitas diez Otoños para pasar caliente una noche en un establo abandonado cerca de aquí- dice Cenicienta-. En el piso, peleando con veinte personas el espacio, pero caliente. Casi.

-Podemos ganar dinero- digo.

-¡Ja, ja, ja!- hasta el gato que habla se ríe.

-No es difícil- les digo-. Tenemos que vender algo que tengamos. Un talento.

-¡Ah, no! No quiero problemas con el gremio de prostitutas- me dice Cenicienta.

-No me refiero a ese oficio.

-¿Entonces?

Sugiero un espectáculo de un gato que habla, pero el principal protagonista se rehúsa, usando como justificación lo mal aceptado que son los animales mágicos en esta región. Me pone como ejemplo el final de la gallina de los huevos de oro, para resaltar el final que puede tener en el espectáculo.

Al parecer, todo queda en mí. Me puse a recapacitar por un largo momento cuales eran mis talentos. No eran abundantes y la mayoría son inservibles cuando se toma en cuenta mi falta de manos. Omito mis talentos físicos y me dedico a los mentales. He leído muchos libros, casi todos son cuentos, pero en ocasiones me tomaba un tiempo para leer libros sobre temas variados como la magia, la ciencia, la política y la cultura. No me acuerdo de ninguno de ellos, pero sé que los leía. Aunque ya me acordé de una que decía como hacer dinero.

Pienso con astucia y logro una idea, pero me doy cuenta de que necesita ser pulida. Le digo a Cenicienta que tome unos de los pocos botones que me quedan y le doy una serie de instrucciones secretas. Me dijo que estaba loca, pero le insistí que siguiera con el plan.

Con mi plan listo, me voy a la plaza central de la ciudad. Le doy instrucciones al gato que habla para que busque en la basura un tarro y lo coloque frente a mí. Al estar lista, preparo el espectáculo.

-¡Damas y caballeros!- grito a los cuatro vientos-. He venido de muy lejanos lugares, no para traerles sedas o joyas. Vengo con algo tan valioso que su precio es inestimable. Por ello los estúpidos pagan poco, mientras

que los inteligentes pagan mucho y siguen pensando que no es suficiente. Porque nadie puede ponerle precio a una buena historia y es eso lo que traigo yo. Historias de lugares lejanos donde el más pobre campesino puede llegar a ser un príncipe. Donde los caballeros montan sobre dragones y los magos hacen llover vino. Escúchenme y viajarán a lugares lejanos. Quédense un largo rato y se sorprenderán al final.

-¡Loca!- grita muy cerca Cenicienta.

- No se rían ni me digan loca. Escuchen gratis y juzguen.

Con el gato que habla a mi lado, uso su inspiración para comenzar a contar una de mis historias favoritas: El gato con botas.

Cenicienta se me acerca como miembro de mi público, fingiendo el planeado desinterés.

-¿Cómo que gratis?- me había dicho cuando le comenté el plan-. Piensas ganar dinero ofreciendo cosas gratis. Creo que estas confundida con respecto a lo que significa ganar dinero.

-No puedes vender algo que el público no ha probado- le expliqué-. Primero tienes que dar una muestra gratis para que prueben el producto. Después pagaran, para eso tenemos un plan.

Le había dicho que hiciera el papel de la espectadora renuente que va cediendo poco a poco. Yo, en cambio, era la narradora que, con pequeñas dosis, iba cargando la historia narrada de emoción. Una tan atrapante como una adicción. Para mí nada mejor que el relato del Gato con botas para esa misión. Una historia, para mí, avanzada a su época. Un relato con un encantador personaje antropomorfo que demuestra su astucia en cada capítulo mediante lógicos y sorprendivos giros.

Trato de transmitir en mi relato esa emoción que sentí la primera vez que lo leí. Voy con cuidado relatando todos los detalles que me impresionaron y me volvían adicta a la lectura. Hago uso de unas inesperadas pausas para crear los suspensos. Me muevo por imaginarios obstáculos para crear el escenario.

Funciona.

Mi público queda tan inmerso en mis imaginaciones que voltea ante mis fantásticas advertencias. Evoco suspiros, risas y sorpresas como si yo fuera la directora de una orquesta.

-¿y cómo lo logrará?

Pregunto a cada rato antes de relatar una de las hazañas del felino amigo para que el público se adentre en la historia.

Antes del final. Justo antes de que el Gato con Botas entre al castillo del Ogro, detengo mi historia.

-¿Qué pasó?- me preguntan.

-¿Cómo termina?- siguen diciendo.

Yo me quedo callada con una expresión de inocente espera. Mientras, el gato que habla pasaba por el tarro y lo movía ligeramente, resaltando su vacío y la necesidad de llenarlo para continuar.

Mi público como que no entendía el mensaje o se negaban a colaborar. Por suerte o, mejor dicho, según lo que planeé, Cenicienta mete el botón que le entregué, simulando que era una moneda. Con el ejemplo, el resto de mi público la sigue y yo continúo contando mi historia hasta el final como recompensa a mi paga.

Termino mi relato, pero no con el final de la historia sino con las palabras:

-Pero esto no es nada comparada con la historia de...

Una artimaña mía, aprendida de Scheherezade en Las mil y una noches. Unos caen otros no, pero mis objetivos se cumplen. Encadeno mi historia con otra para hacer casi infinito mi espectáculo. De esta manera logro contar mis historias favoritas con otras de las que casi no me acordaba en un berenjenal peor que el caos dimensional causado por Aeon. Algunos ejemplos: La bella y la bestia; los tres mosqueteros; Ricitos de oros: cazadora de osos; Jack y las carotas cuánticas, dije que sabía un poco de ciencia; y no me olvido de Caperucita roja, en mi versión la abuela sale del estómago del lobo como si fuera un Alíen Revientapechos.

Cuando llega la noche, Cenicienta y yo, nos ponemos a revisar las ganancias. Entre ellas el botón, una pieza refulgente por ser diferente a sus metálicas amigas. Cenicienta se vuelve a quedar con el botón como si fuera un recuerdo de una astuta artimaña. Seguimos contando los metales o ¿Estaciones del año?

Que confundida estoy por la nomenclatura monetaria de la región. Hierro para el invierno. Cobre para el otoño. Plata para el verano, y naturalmente la primavera sería ¿Oro? Mi reacción y la de Cenicienta es la misma, sorpresa, pero nuestras acciones son distintas. Cenicienta muerde varias veces la moneda Primavera, para asegurarse de que su procedencia

dorada fuera autentica y se la guarda en el escote.

-Tenemos suficiente para un buen trozo de jabalí, una cama con plumas, pero no para un poni ¡Qué lástima!

Cenicienta se ríe y me lanza a la cara unas cuantas monedas. De hierro, por supuesto.

Escondemos la mitad de lo ganado, por insistencia de Cenicienta, enterrándolo en la base de un árbol en el bosque. Después nos vamos a La Manzana para una buena comida. No tenían jabalí, pero si una buena sopa de res que nos acabamos en un santiamén. Para mí, fue sencillo beber un plato de sopa con mis mangas que comer una pierna de jabalí sin mis manos. Fui generosa e invité unas rondas de cerveza. Cenicienta se estremece preguntándose "¿Con que pagaremos?". Casi me mata cuando le digo al camarero que ella pagará con una moneda de oro. Le digo que es parte de mi plan y accede a regañadientes.

Como lo planee, los comensales me agradecen la invitación. Tanto que acceden fácilmente a darme conversación.

Necesitaba información. Nada mejor que una taberna y un par de borrachos para dicho propósito. Quería sacarles todo lo que supieran sobre la Biblioteca Multiversal, El Consejo del Tiempo, El Pilar de los magos o cualquier dato relacionado a Aeon, pero no sabían nada. Solo me hablaban con mal aliento del reinado de Blanca Nieves, la reina de las Nieves. La describen como una tirana obsesionada con la magia. Que juega con magia negra y hace sacrificios a dioses prohibidos a puerta cerrada. Me sorprende porque sus historias difieren de la dulce niña, amante de las manzanas, cantante de los animales, que yo leía en los cuentos. Pregunto sobre su madrastra. Me dicen que la antigua reina no aparecía en público desde hace mucho tiempo. Su salud había empeorado por una rara enfermedad y las habladurías ya decían que estaba muerta.

Me extraña el interés de Blanca Nieves sobre la magia. Debe ser por culpa de Aeon, pero ¿Cómo reescribió el cuento? Sigo indagando y mis amigos borrachos me dicen que la reina y su esposo, el rey de Hielo, gastan casi todos los impuestos en sus exuberantes fiestas. Magos, hechiceras y brujas de lugares lejanos, son sus invitados de honor. Desde que era reina, las brujas dejaron de ser cazadas para llegar a ser miembros de la nobleza. Sin embargo, había brujas como Baba Yagá, que la detestaban. Que veían en su obsesión con la magia como una puerta al peligro.

-¡Esa reina va hacer que nos maten a todos!

Grita una borracha Cenicienta. Varios de mis borrachos nuevos amigos me advierten de lo peligroso que es hablar mal de la reina en voz alta, así que

trato de controlarla. No puedo yo sola.

-¡Reina puta!; ¡Reina de mi coño!

Gritaba Cenicienta como una loca. No podía detenerla, pero debía hacerlo. Caras feas estaban mirando con poco agrado el insulto a su reina. Tengo que actuar, antes de que...

-¿Sabes que puede hacer la reina con su magia? Puede...

Muy tarde. Cenicienta cae aturdida al piso. Un enano subido a una mesa la había golpeado en la nuca con un tarro de cerveza.

-¡Apresúrate muchacha!- me dice el enano-. ¡Llévatela!

Le muestro mis manos para que deduzca mi incapacidad. El enano se baja de la mesa y, con un silbido, llama al resto de sus amigos. Siete compañeros de similar altura me ayudan.

-No temas muchacha- me dice el enano responsable del golpe-. Soy Samuel. No es la primera vez que nuestra amiga se busca una pelea con su lengua. La llevaremos a nuestra casa o a donde desees, para que te sientas segura.

Quiero creer que los Siete enanos son buenas personas, pero con los cambios que ha hecho Aeon, soy desconfiada. Les pido que me sugieran un lugar cómodo para pasar la noche. Me hablan de una conocida anciana dedicada a la cría de gansos. No suele hacerlo a menudo, pero a cambio de unos Veranos, ofrece una cama, agua caliente y la comida de un rey. Un ofrecimiento tentador.

La casa de la anciana tenía una característica que los enanos habían olvidado o, a lo mejor, no se habían percatado. Era una miniatura. No podía negar que eso era parte de su belleza natural, pero se me hacía imposible imaginar que pudiera caminar de otra forma que no fuera agachada. Estoy a punto de arrepentirme cuando siento ese aroma a pan que me deja enamorada.

Ni príncipes azules o caballeros de brillante armadura. Nada me enamora mejor que un trozo de pan con jalea de mora.

Los enanos son recibidos por una anciana de alegría jovial que, me cuesta creerlo, es más alta que la casa. Ella los saluda con abrazos y besos, pero cuando ve a Cenicienta es cuando las arrugas en su frente revelan su vejez. Un enano la calma, creo que se llama Joaquín, le dice que yo pago para que ambas pasemos una noche allí. Con el comentario, regresa la

sonrisa en la anciana y se le esfuman un par de años encima.

Con su alegría me invita a pasar a su morada. Cruzo el umbral de la puerta y me quedo perpleja. Un sortilegio de dimensiones espaciales redefinía mi definición de casita. El interior era tan grande como una mansión, pero aun con ese tono de campo hogareño que le daban su falta de ornamentos y sus esparcidas gallinas.

-Siéntete como en tu casa, siempre que pagues- me dice la anciana -. Por ambas son diez Veranos por noche. Se prohíbe las salidas después de que se apaguen las luces. Nada de borracheras o fornicaciones - hizo hincapié en esas normas mirando a Cenicienta-. Sirvo comida en la noche y en la mañana- se me quedó un rato mirando-. Tengo agua caliente y puedo venderte unas prendas usadas por treinta Otoños.

Huelo mi olor y miro mi aspecto, la verdad es que tomo a consideración la recomendación.

Junto con los Siete enanos, pongo a Cenicienta en una cama. Le doy las gracias a los enanos y me despido de ellos. Adentro, la dulce anciana me había preparado una tina con agua caliente y una muda de ropa. Por mi falta de manos, la dulce anciana me ayuda a quitarme la ropa y a bañarme con un cepillo. No tenía jabón, así que restriega fuerte con el cepillo hasta que el agua se vuelva marrón.

-Qué marca tan peculiar- me dice la dulce anciana mientras me restriega la muñeca-. Creo que es reciente ¿Te la hiciste cuando te cortaron las manos?

Miro mi muñeca para ver a que se refiere. Efectivamente, allí había una cicatriz. Quizás por el trauma de todo lo que estaba pasando no me había percatado, pero ahora la veía. Alfa y Beta, el símbolo de la biblioteca Multiversal estaba grabado en mi piel como una cicatriz ¿Cómo apareció allí? ¿Quién lo habría hecho? De nuevo, tenía más preguntas que respuestas, pero también tenía una nueva esperanza. Tenía algo por dónde empezar, algo que buscar. Era un presentimiento. Más que eso. Estaba totalmente segura de que el resto de los bibliotecarios estaban allí afuera y con este símbolo los podría encontrar.

Capítulo 6

Capítulo 6. Aladino

Que tropiezo tan predecible. Nuestro anónimo amigo ha desaparecido. Peter esta como loco buscándolo por la guarida con sus sombras. Voy a dejarlo sufrir por un tiempo antes de comenzar a buscarlo. Al fin y al cabo, nuestro anónimo amigo no podrá escapar. Sin las palabras mágicas es imposible. Podrá vagar por el sinuoso laberinto de nuestra guarida, pero jamás encontrará una salida. Terminará muriendo de hambre. Quizás debería dejarlo morir. Aun me duelen sus golpes en la mandíbula, pero no me conviene. Tengo que encontrarlo y, aunque no me guste la idea, tengo que dejarlo vivir.

Ya convencí a la banda de que nuestro anónimo amigo era el amo de Morgiana. Tuve que inventarles que la tradición decía que el amo debía darle la libertad a la esclava, de lo contrario, separarlos daba mala suerte y habría que matar al amo para romper la maldición. Por ello, tenía que encontrar a nuestro anónimo amigo y convencerlo de que me siga el juego. Sin él, no podre justificar la presencia de Morgiana en la banda. Aunque esa excusa solo me da un poco de tiempo. Tener una mujer en la banda no es que diera mala suerte, pero si puede causar celos y no todos mis hombres pueden resistir sus deseos. Ni siquiera yo puedo resistir los míos. Ella más que nadie lo sabe.

Entro a mi cámara. La guarida de mis tesoros. Todo lo que he robado y puedo invocar con solo desearlo. El lugar donde Ella me aguarda.

No la veo, pero siempre está por allí. Por el aire. Invisible. Soltándome unas risas para que no la olvide. La llamo:

-¡Badrulbudur!

Se me aparece como si siempre hubiera estado allí, como si simplemente me olvidé de su presencia. Aunque, con su belleza era imposible pensar que era olvidable. Una delgada figura, pero no recta como un pilar. Por lo contrario, tenía las curvas de las dunas, a grados perfectos como la de una media luna. Unos labios carnosos de un rico rojo que estaba bendecido por las llamas. Piel inmaculada como la vida que acaba de nacer. Alta y radiante como una pirámide. Y seductora, sobre todo seductora, como lo es un manantial en un desierto.

Como la deseaba. Como la amaba. Como deseaba que estuviera viva.

Badrulbudur, mi amada. Como deseaba que no hubieras muerto. Que ese malvado hechicero no te hubiera apartado de mi lado, pero volver de los muertos es un deseo que un Ifrit no puede cumplir. Lo que si puede hacer

es tomar la identidad, la voz, la cara y el cuerpo, pero no el alma, de quien satisfaga tus deseos.

Se veía como mi Badrulbudur. Bailaba y reía como mi Badrulbudur. Incluso su piel, sus labios y su coño sabían a los de mi Badrulbudur. Pero no era mi Badrulbudur. Ella era un ser de puro deseo.

-Sí, amo.

Se me acerca y me rodea. Buscándome como la espiral busca al centro.

Sus manos acarician mi cuerpo. Siento su calor. Tan grande como el fuego. Un incendio que busca calcinar mis prendas y ambicionan mi desnudo cuerpo. Siento sus manos por debajo.

-“No es mi Badrulbudur. Tiene su cuerpo, pero no tiene su alma”- me repito como una oración-. ¡Basta!

La empujo a un banco de sedas y cojines. Ella se ríe.

-Quizás me quieras así, mi amo- en una columna de humo dejó de ser mi Badrulbudur, pero nunca fue ella.

Podía tener su forma, pero no su alma. Su alma se me había escapado, pero la había encontrado y no dejaría que nadie me la quitara. Otra cara, en una forma salvaje, pero era mi Badrulbudur. Tenía su mirada, su inocencia y su inteligencia. Solo le faltaba su voz.

El humo se despejó y Ella me mostró su nueva forma. Era Morgiana, el alma de mi Badrulbudur.

La quería. La deseaba. Tanto yo como mi cuerpo. Fue en un instante. Sin magia, con solo mi voluntad, que se desprende la ropa de mi cuerpo. Mi desnudo ser se dirige a Ella, firme y paulatino, para no parar.

Ella me detiene extendiendo su pie en mi pecho. Baja, guiándose por la línea de vellos oscuros en mi pecho. Baja, hasta llegar a... Mas que detenerme, me ínsita a lanzarme sobre Ella. A desatar esos deseos contenidos.

Me presento a sus muslos. Los huelo, los beso, los muerdo y me despido, porque mi alimento es otro. Una flor de exquisito olor donde quiero resguardar mí enloquecida lengua. El fruto de mi deseo que devoraran mis labios. Ante ella, soy una bestia. Un chacal hambriento de carne inocente.

Juego con esos carnosos pétalos hasta dejarme sin aliento. Emerjo para respirar. Ella me devuelve. Me empuja más y más entre sus piernas,

mientras sus dedos revolcan mi cabello. Me suplica.

-¡Por favor!- para que me detenga, pero no es para acabar. Es para darle más.

Le quito sus harapos. Su cuerpo es más perfecto de lo que imaginaba. Su desnudez me hace perder el control. Subo, rectando por su piel como serpiente. Sudoroso por el calor que se dispara dentro de mí ser.

En mi camino a sus otros labios, me encuentro con sus dedos. Quiero jugar a morderlos y ellos quieren jugar a esquivarme. Los atrapo y los chupo, porque la magia del Ifrit hace que sepan a rosas y a miel. En toda su piel saboreo esa mágica mescolanza. Inclusive en mi meta, sus labios. Donde los uno con los míos y donde empiezo a invadir. Junto sus manos con las mías. Su sexo con el mío. La aprisiono en la jaula de mi cuerpo y me derrumbo sobre Ella. Haciendo sonar mi retumbar.

Ya no soy yo. Ya no puedo decir que pasó. Le pertenecía al Ifrit, a Ella. Irónicamente, era una presa del encantamiento de mi propio deseo. Envenenado de placer en todo mí ser. No tenía idea del tiempo que pasó ni de lo que hice. No recuerdo el cansancio o el agotamiento ni mi razón o mi conciencia. Solo el movimiento de mis caderas por saciar lo voraz. Solo recuerdo el instinto que habitaba en mí: icoger!

Casi no puedo respirar. Mis músculos están agotados. Siento como si la Ifrit me hubiera cobrado con la vida, el aliento o eso a lo que llamamos alma, por la satisfacción de mis deseos. Lo peor es que siento que lo haría de nuevo. Siento que la vida vale poco en comparación con ese placer. Uno que la Ifrit, Ella, me quiere volver a entregar. Un placer donde no me quiere dejar escapar. Pero, por suerte, la razón me hace recapacitar que el deseo no lo es todo en la vida.

La vida no es deseo, es una serie de propósitos.

Me levanto y Ella me abraza. Me quiere volver a llevar a la cama.

-No quiero- le digo tratando de resistir-. Tengo que buscar al juguete de Peter.

-Puedes encontrarlo si lo deseas- me dice Ella.

-Prefiero encontrarlo yo mismo antes que desperdiciar un deseo.

-No es un deseo. Es un reto- me dice Ella, alzando las manos y dando vueltas alrededor de la habitación-. Un juego. El desafío de encontrar la sorpresa en esta bóveda de tesoros.

Miro alrededor. Miro mis tesoros. Años de engaños, destrezas y escamoteos. Mis recompensas a ese pecado conocido como robo. Las conozco tan bien que puedo notar cualquier diferencia. Es por ello que entre esa nube de baratijas noto una peculiaridad, un par de ojos. Fijos, sin parpadear, pero vivos como la cálida sangre. No puedo evitar sonreír al pensar que tuve algo de público ante mi inmoderado espectáculo. Me levanto y me dirijo a mi observador, sacándolo del cumulo de baratijas en el que se encontraba escondido. Descubro, sin sorpresa, que es mi anónimo amigo.

No puedo evitar sonreír mucho más por haber ganado el juego de la Ifrit, pero nuestro anónimo amigo sigue quieto del terror. Pongo una Gumía en su cuello para ver si le puede sacar una emoción. Más aun lo que obtengo es esa misma quieta expresión con que lo había descubierto. Me volteo a Ella, la Ifrit, asociando que tiene que ver con la inexpresividad de mi anónimo amigo.

-¿Qué le hiciste?

-Lo encontré hurgando por aquí. Así que lo paralicé y lo resguardé para ti. Aunque, fui piadosa. Le deje libre los oídos y la vista- me dice Ella con sus labios en mis oídos y sus manos en mi desnudo miembro-. Para que no se aburriera- me dice con su malicia mientras sus manos siguen jalando el miembro.

-¡Libéralo!- le digo mientras me suelto de Ella-. Deseo Hablar con él.

Obedece y el anónimo amigo se libera de su rigidez. Exhalando aire como si de un resucitado se tratase.

Como si me leyera la mente, Ella hace aparecer dos cojines para sentarnos. Mi anónimo amigo se resiste a sentarse, pero Ella sutilmente lo fuerza.

-¿Quieres matarme?- me dice resignado, con la cabeza baja, mirando al suelo como si buscara con la mirada una inexistente hormiga.

-Porque iba yo a querer matarte. Si eres uno de los nuestros- le digo, notando que aún tiene la cabeza baja-. ¡Oye! Mírame cuando te hablo.

Levanta un poco la cabeza para mirarme y luego mirar apenado de lado. Me fijo que sigo desnudo y me rio por la timidez que siente mi anónimo amigo por mi desvergüenza a la falta de vestimenta. Tomo un pedazo de seda y lo pongo entre las piernas, no sin antes sacudir las bolas en su presencia para burlarme un poco de su decencia.

-¿No quieres vengarte por nuestra última pelea?- me dice-. Casi te mato.

-Ja, ja, ja- que chistoso es este jovenzuelo-. A Peter lo apuñalaste y te tomó cariño. Somos bandidos. Somos hermanos. Peleamos todo el tiempo entre nosotros, pero eso no quiere decir que nos deseemos la muerte. Ahora, tú eres uno de los nuestros y lo que menos deseo es tu sangre. Solo tu camaradería, hermano.

-No soy tu hermano. No soy un asesino o ladrón- me dice con rabia.

-Entonces ¿Qué eres? ¿Quién eres? - le digo.

-No lo sé- me responde sin rabia, solo con dudas y calma-. Solo quiero escapar.

Tal vez no lo recuerde, pero yo sí recuerdo su falta de memoria. Mi anónimo amigo es un limpio pergamino. Sin pasado. Sin un sitio a donde ir o propósito.

Leyendo mi mente, la Ifrit hace aparecer tres portales a tres distintos destinos: una playa con aguas azules como el zafiro, una pradera con doradas espigas de trigo y un pantano azotado por una lluvia de centellas.

-Nosotros no tomamos prisioneros- le digo señalando a los portales-. Puedes irte a donde quieras. Puedes ir a uno de estos tres destinos ¿Pero? ¿Qué harás después? ¿De qué vivirás? ¿Tienes dinero o comida? ¿Tienes acaso un hogar o un destino?

Los tres portales eran ilusiones. No podría escapar sin el ritual, pero él no lo sabía.

-No... Creo que si... Creo que tengo que ir a algún lugar- pobre. Tan inocente. Con tantas dudas. Sera tan sencillo.

-No lo sabes, ¿verdad? Puedes quedarte con nosotros mientras lo descubres. Ya te dije que Peter te tiene cariño y muchos de nosotros te pueden llegar a querer como un hermano. Con nosotros puedes tener un propósito y miles de destinos.

-No quiero robar- me dice el muy inocente.

Ah. Como me molestan los ataques de moralidad. Que falsa moral el de las personas capaces de matar, pero con un peso de conciencia por robar.

-No tienes que robar ni matar, si no lo deseas- le digo para calmarlo-. Puedes ayudar en misiones de reconocimiento o recolección. Hay mucho

trabajo.

Lo veo mirar con deseo los tres portales. Una indecisión por los tres recorre su rostro. Dudas, temores, comienzan a aparecer. No sabe que escoger. No sabe dónde ir. Lo único que sabe es que tengo razón. Que soy su única verdadera opción. Aun así, divaga en las dudas. Debo atraerlo. Debo darle un anhelo.

-¿Deseas tener tus recuerdos?- le digo.

Voltea a mirarme. A mí, con la Ifrit envolviéndome.

-Puedo desear que recuperes tus recuerdos.

-¿Puedes hacerlo?- me pregunta con su atención en mí.

-No es si puedo hacerlo. Es, si deseo hacerlo- le digo aclarando las cosas-. Podemos ayudarnos mutuamente.

-¿Qué quieres?- ya entendió.

-No te fue obvio en nuestro reciente espectáculo- le dije mientras Ella, la Ifrit, tomaba la forma de Morgiana-. En una hermandad como la nuestra no es aceptada la presencia de mujeres. Como dije: no tomamos prisioneros. Y tanto las tradiciones como las supersticiones prohíben en nuestro grupo a las mujeres. La presencia de una, puede llegar a ocasionar una rebelión.

-Puedes desear que la acepten tus hombres.

-La Ifrit no puede alterar la voluntad o los deseos de otros. En especial el de mis hermanos.

-Si para la Ifrit le es imposible controlar a tus hombres ¿Qué puedo hacer yo? - me pregunta.

-Nada, y es eso lo que deseo que hagas: nada. Te he usado como excusa para justificar la presencia de Morgiana. Tu solo debes dejar que siga siendo así mientras te sigo echando la culpa. Mis deseos es que mis hermanos acepten a Morgiana como una de nosotros.

-Me quieres como Chivo Expiatorio- me dice comprendiendo-. Sin importar que excusas hayas inventado no duraran mucho. Caen sobre su peso porque son de patas cortas, como las mentiras.

-Cuando llegue el momento, yo resolveré. Tú solamente permanece cerca

de Morgiana y acepta toda la culpa.

-Eres un ladrón. No, eres el rey de los ladrones- me reclama-. ¿Cómo me puedo fiar de tu palabra cuando no hay honor en la palabra de un ladrón?

-Tú no tienes que fiarte de mi palabra- le respondo-. Yo me tengo que fiar de la tuya porque nuestro trato inicia conmigo cumpliendo mi parte
¡Badrulbudur! Deseo que le devuelvas sus recuerdos.

Ella se le aparece en frente y le roba un beso. Febril, intenso, lleno de deseo y, más que todo, de recuerdos. El inocente muchacho se deja llevar por la pasión, marchitando la inocencia de su cara. Indicándome que estaba recuperando sus recuerdos, que poco a poco dejaba de ser tan anónimo. En cambio, Ella, la Ifrit, mostraba su verdadero ser. No era mi Badrulbudur. Ahora, más que nunca, lo recordaba. La apariencia que tiene tras sus ilusiones de deseos: una de fiera infernal, una de llamas en lugar de carne. Un aspecto de Ella que solo había visto en su estado natural de furia, cuando percibía su destrucción. Una que no da deseo. Una que da miedo.

Nunca había imaginado el monstruo que podía liberar con un simple deseo. Nunca me imaginé estar frente a un Iblís o ante el mismo Shaitán solo por las consecuencias de mis palabras. No tengo tiempo para arrepentirme. Antes de que sea demasiado tarde, actúo para parar el desastre que va a pasar.

-¡Deseo que lo petrifiques!

Capítulo 7

Capítulo 7. Cenicienta

No quiero salir ni trabajar. Quiero continuar todo el día aquí. En esta cama. Abrazada para siempre a estas cálidas almohadas de plumas ¡Oh! Son gallinas. Que importa, dan calor y pueden ser usadas luego como cena.

Sofía me llama, pero la ignoro. En una cama como esta puedo hacerme la dormida hasta por dos días. Le pido consejo a Mamá Oca para hacerme salir de la cama. La vil ancianita le sugiere que me de unas patadas, pero la buena de Sofía se abstiene con un "mejor no". Palabras que Mamá Oca debió haber entendido como: "hazlo tú por mí, pero con fuerza para que le duela".

El "Auh" del sonar de mi boca al caer al suelo rompe mi actuación. Dicen que debería bañarme, pero no hago caso. Vuelven a insistir, motivadas por mi olor, así que me doy una rápida limpieza.

Debo reconocer que estoy disfrutando el baño, más que todo porque es con agua caliente. Me recuesto en la tina mientras, por arte de magia, las cristalinas aguas toman años de mi suciedad.

Unos gansitos, que creo que me estaban siguiendo, se me unen a la tina. Se quedan nadando desde el mayor hasta el menor de los hermanitos en una decreciente fila. Otros animales interrumpen mi privacidad: un cerdo, un gallo, otro molesto gato y un caballo que confunde la tina con su bebedero personal. Quiero sacar a estos animales del baño convertido en granja, pero me decido a dejarlos continuar. No me están molestando y quiero relajarme.

En la cocina, Sofía y Mamá Oca conversan alegremente. Caigo en la cuenta de que llevan rato charlando y de la agradable compañía que se dan la una a la otra. Me meto entre ellas como la propia metida para averiguar qué hay de comer o enterarme de un interesante chisme. El disgusto no tarda en aparecer en Mamá Oca. Quien atiende a mi pedido con unas galletas y una jarra de... leche ¡En serio! Sé que guardas un tonel de cerveza cerca, tacaña. Claro no digo nada, para no perjudicar mi vieja relación con Mamá Oca, la cual ha sufrido mucho por su intolerancia a mis borracheras y al vomito.

Mas animales entran a hacernos compañía, entre ellos: un perro, el otro gato, un gallo y un burro.

-¿Qué hacen tantos animales aquí?

Digo ya hastiada del reino animal.

-¡Ellos son huéspedes igual que tú!- me dice Mamá Oca-. Son unos músicos que vienen de Bremen a tocar.

-Son muy buenos. Deberías escucharlos- me dice Sofía.

Sin pedirlo, nos dan una función con instrumentos que sacaron yo no sé de qué parte. Suenan las tonadas y no puedo negar el disfrute en la sala por la mezcla creada por la mañana, la música y una simple comida.

-Debemos salir a trabajar- y así arruina Sofía un placentero momento.

-Buena idea- dice Mamá Oca, como que conspiran juntas para arruinarme el momento-. Tienen que pagar por esta noche y me gustaría que por muchas otras.

-Puedes ir tú sola- le indico-. No me necesitas. Además, nuestro truco con la moneda no servirá dos veces si el público se da cuenta que soy la misma persona de ayer.

Mamá Oca y Sofía se miran entre ellas con una expresión que yo suelo usar cuando quiero decir: "Que le pasa". Para tratar de comprender el mensaje, Sofía me muestra sus amputadas manos y detallo que me necesita. Vuelvo a subrayar el impedimento que tenemos de hacer el truco de la moneda dos veces, pero ambas se miran con una malicia superior a la mía.

Entre todos, incluyendo a los malditos animales, me volvieron a insertar en la tina. Pelee, pero son muchos para una inocente damisela como yo que da patadas.

Me restriegan con cepillo hasta que la piel se me vuelva clara, o roja en la mayoría de los casos. Sigo tratando de salir, pero me siguen devolviendo al agua, con mucha mayor insistencia al ver el estado de las uñas de mis pies. Grito, pido ayuda, pero mis suplicas son ignoradas por los desgraciados animales que de paso cantan.

Las ratas voladoras, conocidos popularmente como pajarillos, me visten con unos harapos nada elegantes, pero si limpios. Mamá Oca me hace aparecer un espejo mágicamente frente a mí.

"Siempre sospeché que eras una bruja".

Veó mi reflejo. No me veo a mi misma. Veó una chica distinta. Irreconocible. Veó una hermosa chica de rubios cabellos y ojos bellos. Veó

a una princesa. A la niña, huérfana de madre, que aun contaba con el amor de su padre. Veo una felicidad antigua. El recuerdo de momentos alegres con una familia, esfumados por la pérdida. No me veo a mi misma. No veo a la chica de la calle. La que huyó de sus hermanastras y madrastra. La ruda que pelea por supervivencia. Veo una falsedad. Veo lo que no soy. Veo lo que perdí.

Aprieto mi puño y, con fuerza, golpeo el espejo para recuperar un fragmento de lo que soy, no de lo que fui. Duele. Sangro un poco, pero no me importa.

-Vayamos a trabajar- les digo.

La jornada había finalizado con ricos resultados. Le dije a Sofía que escondiera las ganancias, principalmente las monedas de mayor valor para en caso de que se nos "perdieran". A decir verdad, hemos tenido suerte. En esta ciudad, nadie puede enriquecerse sin pagar un precio. La prosperidad era una maldición. Una peste que con su olor atraía la mandíbula de lobos hambrientos. Solo bastaba con llamar la atención, para que te siguieran hombres encapuchados y sufrieras un accidental tropezón con puñales. Una persona prudente estaría alerta, no para huir ni resistir, era para que lo robaran lo menos posible.

Ay, sin tan solo yo fuera prudente.

Discretamente, dentro de mi vestido, acariciaba a Cristal, mi puñal. Me aseguraba que sus bordes se mantuvieran filosos. Tal vez la usaría pronto. Ya había notado la atención de unos misteriosos espectadores. Por supuesto, no estaban tras nosotras por las historias de Sofía. Eran hombres enfrascados, por así decirlo, en las estaciones del año. Las de metal, para ser específica.

Cristal estaba ansiosa por salir y yo, ansiosa por complacerla.

Los hombres estaban cerca, pero se mantenían al margen, dedicándose a seguarnos. Era molesto. Ya quería que nos robaran. Bueno, quería que lo intentaran. Casi nunca le puedo presentar a Cristal a mucha gente.

Sofía tenía hambre así que fuimos a La Manzana. Los hombres seguían tras de nosotras. El gato que habla ya se había percatado, pero no le dijo nada a Sofía, a mí, en cambio, se me acercó y me dijo:

-No son ladrones.

Dentro Sofía se volvió loca, una condición de la que me doy cuenta es muy típica en ella. Se puso de generosa a brindar una ronda de cerveza. Nada malo tomando en cuenta las ganancias del día. Muy malo si se toma en cuenta que nos siguen dos misteriosos hombres de los cuales dudo que

nos quieran invitar unos tragos. Mando al gato que habla a vigilarlos mientras yo cuido de Sofía.

Sofía, con calma y sonrisa, le buscaba conversación al montón de borrachos de la taberna. Como la vez anterior, les preguntaba sobre la historia local. Tal vez era para obtener material para sus historias, pero adicionalmente, a diferencia de aquella vez, les preguntaba sobre la cicatriz en su manga. Una marca extraña de algo que parecía letras. Nunca había visto algo igual, al igual que el resto de los demás. Sin embargo, Sofía seguía intentando, a pesar de la tristeza que le daba cada respuesta. El único rayo de esperanza fue una ligera mención por parte de un ciego anciano que le acariciaba las letras con sus manos.

Según lo que recordaba el anciano, cuando no era ciego, supongo, las dos letras las había visto en un tapiz que adornaba la Biblioteca Real. Un testimonio que hacía dudar a cualquier persona racional, en cambio a Sofía le daba tanta alegría que volvió a brindar una segunda ronda. El tabernero trotó a acatar esa orden, al ritmo que los tarros se alzaron al aire, a veces a pendular, otras a tintinear con un par o a salpicar cerveza por la mesa mientras la contenta clientela pedía más cerveza.

Le dije a Sofía que la entrada a la Biblioteca Real estaba prohibida a plebeyos. Solo entraba nobleza, realeza y magos de alta distinción. No me creía o prefería disfrutar de su alegría.

-Tenemos problemas- me dice el gato que habla.

-Sí, brinda otra ronda y nos deja en la quiebra.

-No, eso no- me dice el gato que habla-. Descubrí para quien trabajan los hombres que nos seguían.

No necesito que el gato que habla me diga para quien cuando siento el silencio que sepulta la taberna. Al confirmar mis sospechas, me vuelvo una persona prudente.

Voy a donde esta Sofía para tomarla y huir. Demasiado tarde. Los dos hombres que nos seguían ya la habían forzado a sentarse en una mesa. Solo esperaban por su patrón.

-Vaya, vaya, pequeña hembra. Por vuestra irreconocible apariencia a pesar de tener distinguibles características- dijo indicando el muñón de la mano de Sofía-. Debo inferir que vos sos nueva por aquí- enorme, casi monstruoso para hacer dudar de su humanidad. Poseedor de una boca, no, un abismo que es casi una leyenda por ser insaciable, no de comida, de todo. Esa era la descripción precisa de Gargantúa.

-Yo... Yo... -decía nerviosa Sofía ante la inmensidad de Gargantúa. Ella no necesitaba saber quién era o que hacía Gargantúa. Bastaba con tenerlo cerca para adivinar una serie de terribles suposiciones que curiosamente eran ciertas.

Se decía que descendía de gigantes, aunque otros decían que era de titanes. Otros por allí, comentaban que había nacido de una oreja.

Para mí, Gargantúa era un gran inventor o, como se mire, descubridor. El cual, después de miles de pruebas distintas con materiales distinguidos, encontró que la mejor manera de limpiarse el culo era con un pollo bien plumado de Oca. Razón por la cual se llevaba mal con Mama Oca. Pero, por cuestiones económicas se podía decantar por el papel.

Lo que era indiscutible es que su enormidad generaba una sombra que se extendía por toda la ciudad. No había comercio que no le pagara unos segundos impuestos a su banda de pendencieros, disculpen, protectores, a cambio de la seguridad del negocio.

-¡Cenicienta! No os marchéis. Acercaos a reposar vuestras nalgas- dice Gargantúa, luego voltea a uno de sus hombres-. ¡Gymnasta! Dile al tabernero que nos traigáis de ese orine que llamáis cerveza- una moza le deposita en la mesa unas bandejas de morcillas propias para alimentar a un gigante, mientras Gargantúa se vuelve a nosotras y nos habla del motivo de nuestro encuentro-. Mis gentiles amigas, grata sorpresa la mía al enterarme ayer de que dos mujeres lograron ganar en un solo día lo que una familia no logra en un año ¿Dedicándose al levantamiento del miembro viril? No, de allí mi estupor. Lograron la hazaña bramando historias.

-Graci... ¡Auh! - dice Sofía cuando le pisoteo el pie bajo la mesa.

-Pero – dice Gargantúa cumpliendo mi presagio-. Dos impolutas damas no pueden ir por allí bramando historias en los azares de esta ciudad de mierda. Como hombre gentil vine sin prevenir a brindar, por un precio prudente, el cobijo de mi sombra. Prudente porque no solo asegura vuestras virtudes de damas. También las alejará de ese mal agüero al que llaman dinero. Dime Ponócrates: ¿Cuánto ganaron hoy?

-Si no me falla las matemáticas, le deben quedar: tres Primaveras con diez Veranos y veinte Otoños.

-Felicidades mis damas por vuestros logros de hoy- nos dice Gargantúa-. Como ayer no se cobró, el precio de hoy será: tres Primaveras con ocho Veranos y diez Otoños.

-Pero... no nos quedara nada- replica Sofía.

-Pero estaréis protegidas- le dice Gargantúa.

-¡NO!- replica Sofía, yo le doy una patada para ver si se calma-.
Pagaremos dos Primaveras con tres Veranos.

-A las damas les gusta negociar- dice Gargantúa-. Tres Primaveras con ocho Veranos y once Otoños.

Yo le hago señas desesperadamente para que obedezca. No me preocupa que Gargantúa proteja algo que no tengo desde hace mucho tiempo como mi virgi... tud. Pero sé lo que le hace a los que no pagan y me gustan mis dientes.

-Dos Primaveras con cinco Veranos- renegocia Sofía.

La pateo, la pateo, la pateo ¡Ay! Esta chica no entiende el mensaje de unas patadas bajo la mesa.

- Tres Primaveras con diez Veranos- le dice de manera definitiva Gargantúa.

-NO... ¡Auh!- grita Sofía cuando uno de los hombres de Gargantúa le aprieta el muñón de su mano.

-Me gustaría dejar a entender que no soy un negociador- dice el siempre insatisfecho Gargantúa -. A partir de mañana tendrán una cuota de cinco Primaveras.

Parecía que Sofía había comprendido por parte de un toque a su muñón, el mensaje que mis patadas bajo la mesa le trataban de decir unos cuantos regateos atrás. Sofía se queda en silencio, pero luego de ese momento hace algo peor, le murmura una de sus locas ideas al gato que habla ubicado en su hombro.

¡Ay! Voy a extrañar mis dientes.

-¡Tabernero! Venga para acá- grita Sofía.

El tabernero atiende al llamado. El gato que habla, grácilmente, toma con sus dientes la bolsa de monedas en la cintura de Sofía y se la entrega al tabernero.

-¡Atención a todos! El señor Gargantúa tiene la amabilidad de brindar esta ronda, y todas las que salgan de esta bolsa, con la mejor cerveza del

local.

Los gritos de júbilo se vuelven indetenibles.

-Yo tampoco soy una negociadora, pero, estoy aprendiendo- dice Sofía a Gargantúa-. Podemos llegar a un acuerdo. Treinta por ciento de las ganancias.

-Sesenta- dice Gargantúa.

-Treinta y cinco- sigue regateando Sofía.

- Sesenta- insiste Gargantúa.

- Treinta para ti y otros treinta serán donados en comida a la comunidad- dice Sofía.

¡Ay! Vamos a morir.

-¡Ja, ja, ja!- Gargantúa se ríe. Esto no me gusta-. ¿Por qué tengo que donar mi dinero?

-No me importa donar todo mi dinero- dice Sofía-. Pero me quedaré con la gloria ¡Hola Cesar! ¿Cómo está tu esposa?

-¡Sofía! Le diré a Valentina que le mandas saludos.

-Han sido como dos días y ya me he ganado buenos amigos- le dice Sofía a Gargantúa-. Quisiera creer que es por mi personalidad o mi llamativa condición- Sofía levanta los muñones de su mano-. Pero debo admitir que se lo debo reconocer a mi generosidad. Agradezco su protección señor Gargantúa, por la que estoy dispuesta a pagar un precio justo, pero antes que vuestra protección ya tenía la de mis amigos. Siga el consejo de una chica que antes no tenía nada y ahora tiene algo de valor: Tómese el tiempo para ser generoso.

Mentiras, mentiras, puras mentiras. Debe ser una tonta si cree que algunos de estos borrachos la defenderán cuando los hombres de Gargantúa vengan por ella. Solo se quedarán mirando o darán la vuelta para mirar a otro lado. No los culpo. Los que se quedan a ayudar a otros terminan con dientes menos. En esta ciudad solo se puede vivir si piensas nada más en ti misma y mandas al diablo a los demás.

Ja, ja, ja.

Todos se ríen de ella.

-Puedo usar el setenta por ciento restantes para invitar bebidas en nombre de vuestra merced, señor Gargantúa- dice aun insistiendo Sofía-. Puedo hacer por ti, el duro trabajo de ser generosos hacia otros. Si lo piensa, sería como una inversión. El nombre de Gargantúa terminaría asociándose con cerveza.

-¡Ja, ja, ja!- se ríe Gargantúa.

-Me quedaré con el cuarenta por ciento- dice... ¿ Gargantúa? -. Puedes beber con el resto tanto como quieras pero siempre a nombre de Gargantúa.

Casi no puedo creer lo que pasó. Salimos de negociar con Gargantúa y nuestros dientes están ilesos. Una victoria de la que Sofía no paraba de presumir porque va sonriendo desde que salimos de La manzana.

-Deberías tener más confianza en la gente... bla, bla, bla- me parlotea Sofía, aunque no le presto mucha atención y le respondo con algo que no recuerdo muy bien pero que no fue de buen gusto-. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estas amargada?

Me siento descontenta, triste, furiosa o desconcertada. También, puede ser que simplemente no sé cómo me siento o que no entiendo lo confuso de todo esto. Antes comprendía que la vida fuese una mierda o la indiferencia de la gente, pero, ahora las cosas parecían distintas con Sofía. Me molestaba esa esperanza, casi idiota, de que todo saldría bien. Tal y como la de esas ingenuas princesas que pensaban que la vida es un cuento de hadas con un destino feliz en compañía de un príncipe. Me molestaba porque todo eso era mentira y en ocasiones Sofía me hacía pensar que podía ser verdad. Sé que no hemos pasado por lo mejor, pero ella siempre lo resolvía. No como yo lo hacía: escupiendo y huyendo. Ella pensaba y sonreía bastante. Siempre feliz, sin que la amargara lo mierda de la vida.

-Estamos metidas en problemas- le dije para desquitarme todo.

-¿Por qué?

-No debiste hablar con Gargantúa. Tampoco debiste haber negociado.

-Pero, si salimos ganando y fue un trato que complació a ambos- me dice Sofía con su molesta confianza.

-No lo entiendes. Gargantúa es un ser insaciable- le digo-. Hoy parecerá complacido, pero mañana exigirá más. Debiste solo decir si y esperar a que tal vez se cansara de ti. Ahora tenemos su atención. Quién sabe hasta dónde- quien sabe lo que pedirá de nosotras para saciar esa hambre. Me

da asco el solo pensarlo.

-Encontraremos una solución cuando se nos presente- me dice Sofía.

Alegre, siempre al frente. No importa lo angosto que sea el camino, ella avanza. Aunque, fielmente a la expresión, el camino se estaba volviendo angosto. Huelo una trampa y, en efecto, de eso se trata.

¿Dos hombres? No, una pandilla nos intercepta ¿Gargantúa? No, es Gymnasta.

-¿Qué casualidad?- dice Gymnasta -. No esperábamos encontrarlas por aquí.

-Vasta Gymnasta. Dinos que quieres o déjanos pasar.

-Hablar, hablar- nos dice Gymnasta-. Reparé en vuestras cualidades para parlotear con el jefe. Me pregunté que quizás pudiéramos hablar también. Ya saben, del sobrante sesenta por ciento. También del dinero restante. Ya saben, el que escondieron. Esconder dinero es malo para las damas. Pueden ser atrapadas por gente muy mala.

-A Gargantúa no le gustará esto- les digo.

-El jefe no tiene por qué saberlo.

Ahora los hombres se ponen agresivos.

-¡Aaah! ¡Suélteme! - grita Sofía.

-Me pondría molesto con las dos, si el jefe se pone molesto conmigo- dice Gymnasta.

-¡Miau! ¡Suéltalas! - dice el gato que habla mientras salta a arañarles la cara.

-Pero ¿Qué tenemos aquí? - dice Gymnasta con el gato que habla en sus manos-. Un despreciable animal que habla- dice Gymnasta mientras lo golpea-. La especie despreciable.

-¡Déjalo en paz!- gritaba Sofía, casi al llanto.

-No te preocupes- le dijo Gymnasta al soltar al herido gato y dirigiéndose a ella-. No me gustan los gatos.

Gymnasta le comienza a arrancar las ropas a Sofía.

Como se veía que ella no quería. Que tenía una virtud que quería conservar. Ella grita. Pateaba, pero ellos proseguían con calzas abajo y algo con saliva que por allí se movía. Yo podía detenerlos, podía decirle a Gymnasta donde escondimos el dinero para dejarnos en paz, pero no quería. Ese dinero valía más que la virtud. Era de más utilidad que su virtud, al menos para mí.

Quizás Sofía aguantaría, solo era un dolorcito. Una marca que solo duele cuando se recuerda, como una pesadilla, con la diferencia de que es real. Solo tiene que aguantar. Si no la perdía ahora lo haría después en, aunque suene increíble, peores condiciones. Que llore. Tal vez de esta manera se le quite su molesta alegría. Tal vez así se dé cuenta de lo oscuro que es el mundo y deje de pintarlo de rosa. Para que todo pase, lo único que tengo que hacer es no hacer nada y quedarme mirando... Solo mirando.

-¡Ay!- grita de dolor uno de los miembros de la banda de Gymnasta cuando le doy en la pansa con Cristal, mi puñal.

Son demasiados para una indefensa dama con un puñal de vidrio. Afortunadamente una dama culta sabe en donde el filo tiene que acariciar a los hombres para que se dobleguen, el tendón de Aquiles: esa delicada parte encima del talón que se recomienda no cortar si no quieres que te duela caminar, no confundir con el talón de Aquiles.

Caen de rodillas con mucho grito. Solo me faltaba Gymnasta, quien gentilmente ya se estaba acomodando las calzas para correr.

-No se te ocurra escapar.

Mi querida Cristal se rompe cuando su hoja queda incrustada en la pansa de Gymnasta. Que mal. No para mí, por supuesto, aunque el pobre se retuerce en el suelo. Lo ayudaría, pero aprovecho para probar mis técnicas de defensa secretas en ciertas partes que no debe nombrar una dama: El Cascanueces, El Sonar de las Campanas, Carambolas y La Venganza de Mordor. Sé que, para un observador cualquiera, mis técnicas pudieran ser similares, que solo les cambio el nombre o que debería llamarles: una patada en las b ¡Oh! Una dama no puede decir eso.

El gato que habla se levanta y vuelve al hombro de Sofía. Ella aún sigue en el suelo abrazándose con lo que puede de sus tullidos brazos. Creo que va a llorar y llora. Más que llorar es un grito. Un desahogo enjaulado hace tiempo, ansioso por aguar sus ojos y salir por su garganta. La ingenua chica que conocía se enfrentaba a la maldad del mundo.

Pensé que me daría cierto deleite quitarle su venda de sedas y rosas de los ojos, pero me equivoque. Solo me trajo un amargo recuerdo. El de una chica que jamás sería feliz en este mundo cruel, sin importar cuánto

sonriera. El recuerdo de mí misma. Pero Sofía no era yo. Yo no lloraba, peleaba. Sofía, por lo contrario, lloraba, pero se levantaba y sobre todo pensaba.

-Tengo que acabar con esto. Busca el dinero y compra ropa elegante- me dice.

-¿Para qué?- le pregunto.

-Es hora de cambiar esta historia.

Capítulo 8

Capítulo 8. Blanca Nieves

Todo es blanco, inmaculado. Tan cerca de la perfección. Tan vulnerable. Así es la nieve. Así es mi mundo o hasta donde llegan mis tierras. Mi pueblo le teme a la nieve por el frío que siempre la acompaña, pero se les olvida que es la nieve la que nos mantiene fuertes. Es por el invierno que aprendimos a racionar nuestras cosechas en lugar de caer en el despilfarro. Es el miedo al frío lo que nos llevó a dominar el calor en lugar de ser su esclavo o adorarlo. Es por la insoportable nieve que nuestros enemigos se marchan temblando mientras que nosotros nos mantenemos firmes.

-¡Cof!

Toso unas manchas de sangre sobre la nieve. Por su pureza se escurre el carmesí de mis labios. Un color devorador que le arrebató su inmaculada esencia. A pesar de eso, no deja de ser perfecta. Que combinación tan bella: nieve y sangre. La pérdida de lo vulnerable. La nieve es ahora una devoradora de sangre. Ubicada en todas partes. Cazándote por el crimen de ser débil. Solo espera un flaqueo, solo espera que te rindas al sueño o que no resista su frío tacto para comerte.

Qué hermoso se vería el blanco paisaje bañado en sangre. Pero no estoy para distracciones, tengo que salir de la ventisca.

En un paisaje perteneciente a la sombra encuentro una luz: una cabaña, mi búsqueda. La ventisca está en contra mía, pero no es impedimento para seguir. Yo soy fuerte. La nieve es mi amiga, no mi enemiga. No soy su presa. Soy su portadora.

Llego y toco a la puerta de la cabaña. Abren, pero antes de hablar caigo desmayada con mi canasta de manzanas. Escucho unos gritos de parte de la señora de la casa. El señor, un hombre mayor de brazos fuertes, me lleva cargando a dentro. La pareja discute, pero no tardan en separarse para que el señor me lleve a un lugar cerca de su hoguera, mientras que la señora se dedica a prepararme una taza de leche caliente.

Me recupero de mi desmayo. Cerca de mí está mi canasta de manzanas. Junto a mí están los dueños de la cabaña. La señora se percata de mi recuperación y se alza a ofrecerme una taza de leche con pan.

-¡Muchacha! ¡Muchacha! ¿Qué hacías afuera en un lugar tan apartado en esta diabólica ventisca? - me pregunta la señora.

-¡Oh! ¡Bendita sea señora! No sabe lo agradecida que estoy- les digo tomando de sus manos, sollozando un poco con mi voz-. Quería darle una sorpresa a mi abuelita enferma con una canasta de sus preferidas manzanas, así que salí de mi casa sin avisarle a mis padres. En el camino, se me ocurrió tomar un atajo para llegar antes de que se percataran mis padres, pero me sorprendió la ventisca y, antes de que me diera cuenta, estaba pérdida. Si no fuera por vuestra casa hubiera muerto por la nieve.

-Eres una afortunada muchacha. Estos paisajes están plagados de hambruna y lobos - dice el señor de la casa mientras pule un hacha.

-Han sido varias las noches en los que la hambruna ha llevado a esos diabólicos animales a atacarnos, pero- dice gentilmente la señora mientras abrazaba el brazo de su esposo-. Mi marido ha sabido defendernos.

-Sera mejor que pases la noche aquí- me dice el esposo-. Tus padres estarán preocupados, pero es peligroso salir con esta ventisca y con lobos afuera.

-No quiero ser una molestia.

-No te preocupes. Podemos hacer un espacio para ti- me dice la esposa-. Nos agrada tener compañía. Nos hemos sentido solos desde que huyeron nuestros hijos.

-Lo lamento- les digo-. ¿Cuándo huyeron?

-En la Hambruna de las Piedras- me responde el esposo.

-¡Oh! Que terrible- les digo con falsa sorpresa-. Mi abuela me contó de ella. Se dice que los campesinos comían piedras de la desesperación.

-Fue un milagro que nosotros sobreviviéramos- dice la esposa abrazando con todas sus fuerzas a su esposo-. Aun extrañamos a nuestros Hansel y Gretel. Tengo la esperanza de que volverán. Mientras tanto, me gusta creer que cada visita nos regresa un trocito de la felicidad que nos daban. Tenemos poco, pero donde comen dos pueden comer tres o cuatro.

-Por favor- les digo-. Cojan una de las manzanas en mi canasta como muestra de mi agradecimiento.

-No será necesario- dice la esposa.

-Por favor- insisto-. No tengo otra manera de agradecerles.

Les muestro una de mis manzanas en un ángulo donde la luz de la hoguera refleje el seductor color granate de ella. Los dejo imaginar ese

sabor de fruta prohibida que le gana a mil manjares.

-Son deliciosas- digo por si intentan resistir y les lanzo una a cada uno para insistir.

Como si fueran perros con hambre, ellos comen. Confirmando la promesa que les hice de su sabor. El esposo me pide una más.

-¡No!- le dice la esposa-. Esposo mío, debes dejar espacio para la cena.

-Si mi... - trató de decir el esposo, pero-. ¡Cof! ¡Cof!- al pobre esposo le estaba faltando el aire.

-Mi... - fue a decir la esposa, pero ella ya estaba revolcándose en el suelo. Botando pus negro por la boca.

-Mi... ¡Cof! ¡Cof!- el pobre esposo tenía las fuerzas para aún mantenerse de pie. Un esfuerzo inútil. Ya estaba botando el mismo pus negro que su esposa-. ¡Veneno! Nos has envenenado.

“Oh, que inteligente. Al fin se dio cuenta.”

-No te preocupes- les digo para calmarlos-. No morirán... Hoy. El veneno los paralizará, mientras pudre sus órganos y hace que los boten por la boca. El dolor es indescriptible, pero deja un mal sabor de boca.

-¿Por... que?- quería decir al final la esposa, pero ya tenía el efecto paralizante del veneno.

-¡Put...! ¡Aaaaaaah!

Me quedo mirando por un rato hasta que se agotan los gritos del esposo. Creí ver una lágrima, pero debió ser mi imaginación.

-¡Cof! ¡Cof!- vuelvo a escupir sangre. Maldita maldición. Aunque, esta vez me puede ser de utilidad.

Busco un espejo, pero al no encontrarlo me conformo con mi reflejo en la hoja del hacha. Sobre la superficie, dibujo el sello de sangre y recito el conjuro:

-Espejo mágico revélate.

-Si majestad- me dice mi vivo reflejo.

-¿Donde esta?- le pregunto.

-“En la piel de oso
que está en reposo
se guarda celoso
secreto valioso”

Estos familiares de bruja pueden llegar a ser demasiados cursis. Sigo sus instrucciones, o lo que logro entender de ellas.

En el centro de la casa encuentro un tapiz de oso. Lo levanto y encuentro lo que me sorprende, pero a la vez esperaba: una puerta. La abro y voy bajando por los peldaños para revelar los secretos del sótano oculto. Oscuro por ahora, pero un hechizo de luz, “Lumen”, hace que se me revelen.

Un sótano pequeño, pero bien adecuado en espacio para conservar la carne. Logro identificar una mesa para los cortes, una para la salazón, una cámara de ahumado y, sobre todo, a ella. Desnuda, con sus muñecas sostenidas por grilletes. Tan pálida como la nieve. Tan pálida como yo. Toco su cuello para comprobar que está viva, pero mi tacto logra una reacción inesperada: despierta.

Se agita, con ojos llenos de desesperación y algo de locura. No tiene fuerza para gritar así que usa lo que le queda de espíritu para chillar.

-“Pax, pax”- uso un hechizo para calmarla mientras la libero-. Tranquila. No soy como ellos. Vengo a liberarte.

-¡Ayuda!- me dice con lo que le queda de fuerza-. Son unos monstruos. No te imaginas lo que hacen. Ellos... ¡Santo dios! - dice con lágrimas.

-Lo sé- le digo para ayudarla a calmarse, pero me es difícil.

-Eran unos niños- me dice señalando unos pedazos de carne que cuelgan en los ganchos-. Son sus preferidos por tener la carne blanda. A veces, se conforman con mujeres, pero traían muchos niños- después de eso se derrumba en lágrimas.

Esta destruida, vulnerable. No quiero aprovecharme de ella en su condición, pero no tengo otra alternativa. Su estado mental me dejará usar un hechizo de sumisión: “Dominus”.

-¡Come esta manzana!- le digo mientras le entrego una manzana verde que tenía escondida-. Te dará fuerza. Cuando termine la ventisca, te irás de aquí al pueblo y les dirás a la gente por lo que pasaste. Narraras con detalle cómo te atraparon. Dirás de donde sacaban la carne. Como

sobrevivían a la hambruna. Que comían. El nombre y la apariencia de todas las víctimas que recuerdes. Cuando te pregunten ¿cómo escapaste?, lo que dirás es que tus grilletes se liberaron y ellos aparecieron muertos de una extraña enfermedad. Sé que puede ser duro. Que al principio nadie te creerá, pero debes mantener tu versión y hacer todo lo que puedas para que se sepa la verdad. Otra cosa, no debes recordar que me viste o lo que hice. Solo harás lo que te digo.

-Si- me dice bajo los efectos del "Dominus".

Me quedo con ella hasta que termine la ventisca. Al irse, voy preparando la cabaña para que no quede la menor duda de la carnicería realizada por la pareja de esposos. Un trabajo duro que me llevó a consultar al espejo en varias ocasiones. La pareja era muy precavida en lo que se refiere a ocultar sus huellas. Quemaban las pertenencias de sus víctimas hasta las cenizas y escondían profundamente los huesos, no sin antes triturarlos para hacerlos irreconocibles. Me tuve que valer de un par de cráneos, perteneciente a los hijos que supuestamente huyeron, para dejar una evidencia clara de los crímenes ocurridos.

Como me hubiera gustado exponerlos. Demostrarle al pueblo que se podía creer en la justicia Real, pero no bastaba. Que los justos creyeran en la justicia no la hacía real para los criminales. Ellos reiterarían sus fechorías siempre que creyeran en la sombra de la impunidad. Para evitarlo, era necesario que la justicia trabajara en la sombra, casi divina como un dios y peligrosa como un demonio. Un terror para la impunidad. Un oculto vengador que hacía creer mediante el miedo que algo, ya sea físico o divino, estuviera torturando a la maldad. Eso era yo, la que te vigila en la sombra, la pesadilla del mal, la castigadora.

Al finalizar, creo un charco de agua y con el conjuro "Glacies" formo un espejo perfecto de hielo. Escojo uno de los muchos, pero muchos, cuchillos con filo que tenía la pareja, para pincharme el dedo. Mi sangre dibuja el sello de mi contrato mágico y me adentro en el espejo.

Salgo en mi cámara secreta, el refugio donde guardo la manifestación de mi magia: Espejos para viajar, espejos para espiar, espejos para saber la verdad, espejos para cambiar la identidad y esos espejos que se deben ocultar para otras caras que no sea la mía.

A través de un espejo, cambio mi apariencia de inofensiva campesina a la reina que realmente soy: la imponente y elegante soberana. Una imagen proyectada con una falda larga y un ajustado pellote de blanco espumoso, abordado con encajes escarlata, joyas de rubí y capa del mismo color. Mi aspecto ha captado la belleza del contraste entre la nieve y la sangre. Blanco y rojo. Paz y violencia.

Me dirijo a la sala del trono, desde donde la distancia no evita que escuche la algarabía de una discusión. Probablemente se trate de una pugna por límites de tierras que mi esposo, el rey de hielo, no ha sabido resolver. Me abren las puertas de la sala para que mis pasos al trono dejen la estela de silencio que asfixia la discusión. Efectivamente, era una pugna de tierra entre dos señores que reflejaban un ardiente odio. Dejo hablar a ambos, hasta donde me parece prudente y según lo escuchado tomo mi decisión. Hay contentos e inconformes, pero nadie se atreve a contrariar mi decisión de reina. Una lección que debería aprender mi esposo.

Vienen otras audiencias. En su mayoría son solicitudes de préstamos, propuestas de negocios y favores comerciales que ayudarían al reino. Pasan rápido porque en mi presencia son escasas las audiencias. Además, soy directa y nadie se atreve a discutirme. De vez en cuando, un forastero trata de engañarme, pero se va arrepentido o, mejor dicho, se queda para siempre en los calabozos.

Mi helado silencio se ve agrietado por un vocerío a lo lejano. Debe tratarse de un desquiciado. Nadie sin locura se atrevería a perturbar mi paz estando tan cerca de mi presencia.

Las puertas se abren para dar paso a dos mujeres. Una me parece conocida, creo haberla visto en una de mis pesquisas secretas en los barrios de la ciudad. Puede que este limpia y lleve unas inusuales ropas elegantes para alguien de su posición, pero no soy de las que olvida una cara, en especial si se trata de una víctima de violación. La otra estoy segura de que se trata de una forastera. En mi reino hay un número considerable de muchachas tullidas, pero en su mayoría son fáciles de recordar, sobre todo porque no suelen estar tan alegres como lo está la forastera.

-¡La hechicera Sofía y su aprendiz Cenicienta!- vocifera algo tarde el guardia.

¡La forastera es una hechicera! ¡Qué sorpresa! La audiencia con brujas y magos son comunes en mi castillo, la fama de mi cortesía está extendida más allá del reino, pero eso no evita que se me presenten charlatanes que buscan techo y comida gratis. Tomo mis medidas para espantarlos, mis calabozos son prueba de ello. Pero, los charlatanes son abundantes como las cucarachas y lo peor es que tienen su misma persistencia.

-Mi reina. Vengo a ofreceros mis servicios de hechicera de artes arcanas a cambio de hospedaje, protección, comida y acceso a vuestra biblioteca.

-¿Una hechicera? ¿Una tullida es una hechicera? - digo a alta voz para

dejar claro mis dudas.

Mi declaración arroja sobre el salón del Trono una tensión. La temperatura baja y nadie se mueve. Ni el molesto zumbido que en ocasiones acompaña al silencio hace presencia. Solo el movimiento de unas gotas de sudor frío y el ritmo de unos temerosos corazones es lo que se manifiesta. Sin embargo, esta allí. La sonrisa de la tullida, la supuesta hechicera, me reta.

-Lo soy, mi reina.

Que osada.

-¿Es una broma?- digo sin parecer nada graciosa-. Una hechicera tullida equivale a un espadachín tullido. Te diré que el último charlatán que trató de engañarme con su sonrisa y apariencia, reposa en mi jardín como ornamento- le digo para ver si se arrepiente.

-¡Oh! Un hechizo de petrificación- me responde con jovialidad y franqueza-. Es medio incomodo usar un hechizo de petrificación para crear adornos de jardín. El hechizo solo afecta materia orgánica y con el tiempo las ropas se desgastan por lo que las estatuas van quedando... ¡Ya sabe! Desnudos.

-Use un hechizo congelante- le respondo.

-¡Oh! Una opción ciertamente recatada.

Atrevida y graciosa. Actitud típica de un ornamento de jardín.

-Saber de magia no te hace hechicera- le digo para dejar las cartas sobre la mesa-. Es como un predicador y un practicante. La charla te hace creer que todo lo sabes. La práctica te hace dar cuenta de lo poco que sabes.

-No se deje engañar por mi edad- me dice con esa confianza que no se le quita con mis amenazas-. Mi cuerpo puede parecer el de una joven, pero es solo el envoltorio de una mente longeva.

-Una mente que no puede hacer magia- digo sabiendo por dónde va la conversación-. Apuesto a que vuestra aprendiz tampoco; que es torpe haciendo hechizos, pero tiene potencial. Váyanse antes de que me arrepienta de mi piedad.

-¡Mi reina! Puedo hacer magia- dice para mi sorpresa la hechicera-. Puedo romper el arquetipo de que se necesitan manos para hacer magia. Solo necesito que me traiga un caldero, tiza, una daga y unas monedas de

plata.

¿Sera un truco? ¿Un engaño disfrazado? Me intriga. Es cierto que hay hechizos que no requieren el uso de las manos, pero son demasiados impredecibles en cuanto alcance y dirección. Los he visto antes, pero por sus inconvenientes, los hechiceros los hacen extremadamente simple para evitar accidentes. Sin embargo, esta supuesta hechicera llama mi atención. Frente a mí, se muestra segura, sin dudas en si misma que me cuesta creer que venga ante mí con solo palabritas.

Ordeno que traigan lo que pide. Ella se pone a trabajar.

Con la tiza, su aprendiz dibuja un círculo alrededor del caldero con varios inidentificables garabatos. Luego, pide ayuda para meter las monedas en el caldero y prender fuego. Con la chispa encendida, los garabatos empiezan a brillar mientras las llamas se alzan. Con el caldero al rojo vivo es que hace su aparición la daga. La aprendiz la toma y con ella hace un corte en las venas de su maestra. Luego, procede a hacerlo ella misma y, entre ambas, derraman su sangre al interior del caldero. Tengo un presentimiento de lo que están haciendo, pero no de lo que va a ocurrir. La hechicera, para mi sorpresa, mete su tullida mano al interior del caldero. Veo la esperada expresión de dolor de alguien que mete un muñón a un contenedor de plata derretida, pero cuando lo saca veo lo que no esperaba, su mano.

Lo que estaba haciendo era la magia más poderosa, impredecible y prohibida de todas. Era magia de sangre. No se necesitaba descender de una bruja o hacer un pacto con un demonio para practicarla, solo necesitabas derramar sangre ¿Cuánto? ¿De qué clase? ¿Como hacerlo? Esas eran las preguntas sin respuestas que hacía a la magia de sangre poderosa, impredecible, prohibida y, sobre todo, peligrosa. Claro que había quienes habían intentado responder las inquietantes preguntas mediante inútiles matanzas y sacrificios, pero esta hechicera me estaba demostrando que sabía las respuestas, o parte de ella, con el simple acto de regenerar su mano izquierda: un esqueleto plateado con unas cuantas venas. Una extremidad perteneciente a la misma Parca.

-¡Despidan al hechicero Real!- digo como una orden-. Tenemos nueva hechicera.

Los guardias se llevan a la hechicera y a su aprendiz.

-Una nueva adquisición mi vida- me dice mi esposo.

-Me retiro- le digo-. Atiende el resto de las audiencias.

-¿Te vas pronto? Una importante invitada ha anunciado su visita y solicita

que la esperes.

¡Solicitar! Que insolencia ¿Quién se atrevería a darme ordenes?

-Dile que la veré después.

-¡Mi vida!- me dice mi esposo como una manera cortés de llamar mi atención-. Es la emisaria de Aeon.